

A 121-49
may 19-20-22 a 48-50 a 54 (34)
(50a)



EPOCA 3.^a—AÑO VIII.—TOMO VI.

NÚMERO 19.—Madrid 5 de Enero de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Advertencia*.—Revista, por Nulema.—*Crónica*, por D. Isern. *Enciclica de Su Santidad Leon XIII a todos los Arzobispos y Obispos de España*.—*Reseña histórica de la imagen y santuario de la Virgen de la Gleva*, por D. Joaquín Roca Cornet.—*El premio grande*, por Martínez Parra.—*Amanecer*, poesía, por D. José María de Ortega Morejón.—*Don Juan de Arguijo*, estudio biográfico (continuación), por D. José María Asensio.—*Los grabados*.—*La señorita de Newville*, novela (continuación).—*Caridad*, cuento (continuación).—*Feroglífico*.—*Anuncios*.

GRABADOS.—*Vista del célebre santuario de Nuestra Señora de la Gleva en la diócesis de Vich*.—*La ciudad de Nazareth, en Palestina*.—*Carlos V en Yuste*, cuadro del Sr. Jadraque, premiado en la Exposición de 1878.—*El Aguinaldo*.

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores cuyo abono haya terminado, se sirvan renovar ó dar aviso de su renovación lo más pronto posible, para fijar con alguna exactitud la tirada del tomo corriente; y asimismo rogamos á los señores que hace tiem-

po adeudan cantidades á esta Administración, se sirvan también remitirlas desde luego y sin necesidad de que les escribamos, ocasionándonos mayores gastos.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ocasiona á su empresa enormes dispendios, todos los cuales se satisfacen al día, y los católicos verdaderamente ilustrados que se interesan por ella, deben facilitarle los medios de propaganda y de regularizar la complicada marcha de su Administración, con la exactitud en los pagos y la difusión de sus prospectos.

REVISTA



Un año menos! y ¡un año más!
Tan precaria y efímera es nuestra vida, que el mismo estrago causan en ella las sumas que las restas. Pasa un año, y decimos con igual tristeza: ¡Un año menos de vida! ¡Un año más de vida! Singular cantidad, que quitándole

un guarismo ó añadiéndole otros nuevos, da el mismo resultado, que es disminuir siempre, como si para ella no rigiesen las rigurosas leyes de la aritmética.

El siglo XIX descende rápidamente á su tumba, abrumado con el peso de sus máquinas y de sus invenciones, y deja como legado á los siglos venideros la destrucción y ruina de cuanto edificaron los pasados.

Estamos en el año de 1883: dentro de 17, que pasarán como la juventud de un hombre, habrá concluído el siglo XIX y la historia abrirá una página nueva para otro siglo, llamado á resolver los graves problemas que ha planteado el presente.

La espada envenenada de Napoleón I abrió el siglo XIX: ¿quién echará sobre su cadáver la losa sepulcral de la historia?

Lo verá quien viviere, y nosotros pedimos á Dios que lo vean todos nuestros lectores.

MONUMENTOS RELIGIOSOS.



VISTA DEL CÉLEBRE SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA GLEVA EN LA DIÓCESIS DE VICH.

Ayuntamiento de Madrid

Aunque la Encíclica de Su Santidad á los Obispos españoles ha llegado en las postrimerías del año 82, nosotros no hemos podido hacernos cargo de ella hasta este número, inaugurando con tan venerable documento las crónicas del año 83.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que por su índole y por su especial criterio no ha tomado parte en las acerbos polémicas de los diarios católicos, no puede considerarse aludida en las palabras de Su Santidad relativas á la prensa periódica; pero, no obstante, recoge aquí esas dulces y amorosas frases como prenda segura de acierto en lo porvenir, pues las palabras del Padre Santo son eco augusto y venerable de la voz del Espíritu Santo.

«Finalmente, dice Su Santidad, mucho importa que se acomoden á esta misma instrucción los que por escritos, especialmente en diarios, combaten por la incolumidad de la religión. Bien conocido tenemos cuál es su objeto, y con qué voluntad trabajan para alcanzarlo: ni podemos menos de tributarles justas alabanzas como á beneméritos del nombre católico.

Pero la causa que han abrazado es tan excelente y tan elevada, que requiere muchas cosas, en que no es razón que falten los defensores de la justicia y la verdad: porque mientras ponen cuidado en una parte de su deber, no han de abandonar las demás. El aviso, pues, que hemos dado á las asociaciones, el mismo repetimos á los escritores, que alejadas las discordias con la blandura y mansedumbre, mantengan entre sí mismos y en la muchedumbre la unión de los corazones: porque para lo uno y para lo otro puede mucho la obra de los escritores. Y como quiera que nada hay más contrario á la concordia que el desabrimiento en el hablar, la temeridad en sospechar y la malicia en acriminar, es preciso evitar todo esto con suma precaución. Las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda más bien el peso de las razones que la violencia y aspereza del estilo.»

En Setiembre de 1881 decía LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA:

«Malo será y lamentable que surjan diferencias en los entendimientos que se alimentan de la verdad; pero no ensanchemos las heridas del alma con el cuchillo del odio, ni ahondemos el abismo que la revolución ha abierto delante de nuestra casa.

Discútase, repetimos, con cortesía y afabilidad, porque «estas prendas, decía el Serafín de Asís, son hermanas de la caridad, la cual aleja el odio y conserva el amor;» discútase con prudencia, con propósitos nobles y bien encaminados, con el fin único de buscar la verdad en todo, para que ella sea lazo de unión de las inteligencias, estrechando los vínculos indisolubles de la caridad que debe reinar en los corazones.»

Las palabras del Padre Santo convienen de tal modo con las nuestras, que no podemos menos de sentirnos regocijados y fortalecidos con esta aprobación de nuestra conducta y de nuestros consejos.

Aparte de esto, la Encíclica, que nuestros lectores verán más adelante, es un documento admirable y sapientísimo, como emanado de la cátedra de la verdad infalible. Con suma claridad, y con indiscutible precisión, el Padre Santo señala los males de que adolecemos los católicos españoles, y sin molestar á ningún partido, enseña á cada cual el camino que debe seguir para mantener la unión de los corazones, tan necesaria á la salvación de las almas y al bien de la Iglesia.

«Esta unión, dice el Papa, es tanto más necesaria, cuanto que en medio de la desenfrenada libertad de pensar y de la fiera é insidiosa guerra que en todas partes se mueve contra la Iglesia, es de todo punto necesario que los cristianos todos resistan, juntando en uno sus fuerzas con perfecta armonía de voluntades, para que, hallándose divididos, no vengán á sucumbir por la astucia y violencia de sus enemigos. Por lo tanto, conmovidos por la consideración de semejantes daños, os dirigimos estas letras, ¡oh amados hijos nuestros y venerables hermanos! y encarecidamente os suplicamos que, haciéndoos intérpretes de nuestros saludables avisos, empleéis vuestra prudencia y autoridad en afianzar la concordia.»

Quiera Dios que se cumplan los deseos del Padre Santo, y que no añadan los católicos españoles nuevas y dolorosas espinas á la corona que ciñe la augusta cabeza del Vicario de Jesucristo en la tierra.

Entremos de lleno en el nuevo año, enviando un saludo triste y melancólico al que pasó.

Recién salido de la cuna, ya tiene que someterse á nuestros fallos, lo cual prueba que trae en la frente impresa la mancha del pecado original.

Encuétrase como herencia un estado social de-

plorable, pues si la política se arrastra por los pasillos del Congreso, achacosa y casi anémica, la industria en cambio sufre los rigores de una gran crisis complicada con el espíritu de rebelión que agita á las clases obreras.

El siglo presente está enredando una gran madeja, y de año en año pasa la madeja más enredada de unos en otros, sin que pueda adivinarse el término de tanto enredo y de tantos nudos amontonados en el orden político, material y moral.

El año 83 será, por lo tanto, un nuevo año de interinidad, pues resulta que los modernos filósofos, al intentar reducir á los estrechos límites de este mundo la existencia total del hombre, han convertido en transitorio hasta lo que antes era definitivo en la sociedad, arrancando las raíces de las instituciones seculares y condenando al hombre y á los pueblos á vivir al día y como provisionalmente, y afirmando así más las verdades que han intentado destruir con sus predicaciones y reformas.

Si las antiguas sociedades cristianas consideran el mundo como valle de lágrimas y lugar de tránsito, hoy el valle se ha convertido en sima profunda, y el lugar de peregrinación en nube tempestuosa que corre á impulso de contrarios vientos, hacia términos desconocidos y de todos ignorados.

El año nuevo es un plazo más en esta interinidad en que vivimos; plazo en que se agravarán nuestros males, sin columbrar aún las fronteras de la tierra de promisión.

— ¿Qué me aconsejas? habrá dicho el año nuevo á su antecesor. Y éste, abrumado con la experiencia de sus desengaños, le habrá contestado:

— Que vayas trampeando como fui yo, y el que venga detrás, que arree.

Y así será, el que venga detrás vendrá arreando, y verán los ciegos y oirán los sordos el castigo de esta civilización tramposa, sorprendida por la Divina justicia en el clamor de sus fiestas y banquetes babilónicos.

El Alcalde de Madrid ha impuesto una especie de contribución á los súbditos de los Reyes Magos.

Este año, los que quieran salir á esperarlos con hachones encendidos tendrán que abonar cinco pesetas, mediante cuyo pago recibirán una licencia que acreditará su monarquismo.

La medida nos parece acertada, y más aún si el producto de las licencias se destinase á un objeto benéfico ó piadoso, pues este sería un medio de desagrar á los Santos Reyes de los desacatos y profanaciones que entre cierta clase del pueblo suscita su memoria.

Hay costumbres, que en épocas de piedad pueden ser, si no plausibles, por lo menos tolerables; pero esas mismas costumbres en tiempos como los presentes y en poblaciones como Madrid son motivo de escándalo, que deben desaparecer en obsequio de la moral y de la religión.

En Madrid, las fiestas de Navidad son, por lo menos en sus manifestaciones públicas, fiestas enteramente paganas: las tabernas, los cafés y las fondas hacen su agosto, y mientras se piensa en comer y beber, se abandonan, acaso más que en el resto del año, las prácticas religiosas.

De este modo la vida moderna sabe convertir en días de Pasión los de Navidad; sacando del sagrado pesebre al Niño Jesús para crucificarle en estos días con el ultraje de tantos escándalos y liviandades.

El año 82 ha legado al 83 cincuenta millones de pesetas en acciones del Banco de España.

Es una bonita herencia si el año heredero la sabe aprovechar. Este aumento del capital del Banco ha contribuido á aumentar su crédito.

Atendiendo al enorme rédito que producen sus acciones, no faltan hombres de negocios que comparan al Banco con Doña Baldomera, y le señalan el mismo término; pero la verdad es que esos mismos que así discurren se darían con un canto en la frente si logran una acción por cada porrazo, pues hoy por hoy el Banco de España es el sol que más calienta en el horizonte de nuestra fortuna nacional.

El mal de este asunto está en otra parte; está en la preponderancia que adquiere el rédito sobre la renta y sobre los salarios, produciendo una depreciación de la propiedad rústica y urbana, y lo que es más grave aún, del trabajo.

El dueño de una tierra vive sometido á las contingencias de las cosechas y á las exigencias de los trabajadores, y el de una casa sufre los daños de los reparos y de la falta de inquilinatos; ambos pagan enorme contribución. En cambio el poseedor de varias acciones del Banco, sin pagar contribución y sin temer contingencias del tiempo ni deterioros de ninguna clase, saca á su capital un rédito diez ó doce

veces mayor que el propietario, sin más trabajo que enviar dos veces al año á cobrarlo á la caja del Banco.

Esto constituye un peligro social; porque los productos del Banco son efecto de operaciones de crédito, mientras que los productos de la tierra son el fruto natural de la industria humana, del cual nacen todos los elementos de la riqueza pública y privada.

Si riqueza no puede haber crédito, luego el crédito y todas sus consecuencias deben subordinarse á la riqueza efectiva. Desde el momento en que el crédito se sobrepone á la riqueza, se invierte el orden económico de la sociedad y viene la ruina inevitable de todas las fortunas.

¿Veis ese caudaloso río que dilata hasta los montes su ribera, como diría el poeta? Pues mirad cómo se forma, y aquí una fuentecita, allí otra, van contribuyendo con sus apacibles arroyos al gran caudal del río poderoso.

Si las aguas del río saliéndose del cauce ciegan y obstruyen las fuentes, el caudal desaparecerá con el tiempo, y aquella gran fuerza, que parecía invencible, quedará aniquilada por el agotamiento de los humildes manantiales escondidos bajo capas de arena.

Lo que aquí se está haciendo es limpiar el cauce del río, ahondarlo, ensancharlo, para que sea mayor la fuerza y el caudal de las aguas; pero en cambio se abandonan esas humildes fuentecillas de que el río se alimenta.

La tierra y el trabajo irán amenguando sus productos, y el poderoso caudal del crédito acabará por sucumbir, agobiado por su misma fortuna.

Pero lo que importa es el presente; ¿quién se cuida ya del mañana?

La justicia de Dios acaba de llamar ante su tribunal inapelable á un grande perseguidor de la Iglesia. Inspirado en el verdadero espíritu de la Revolución moderna, Mr. Gambetta había resumido el programa de esa Revolución impía en esta frase que no se caía de sus labios: «Guerra al clericalismo.»

Con esta consigna logró unir muchas veces los ánimos de sus colegas, divididos por ambiciones secundarias, lanzando á las huestes de la Revolución al ataque del enemigo común, representado en el *clericalismo*, es decir, en la Iglesia de Dios.

La muerte ha desarmado ese brazo formidable, y ha paralizado esa lengua sacrilega, cuando el caudillo se hallaba en el pleno desarrollo de su vida, á los cuarenta y cuatro años de edad, sumiendo en el pudridero del sepulcro tanta soberbia y tanta fortuna, que superaban á la de muchos príncipes.

Mr. Gambetta se había hecho rico, muy rico en estos últimos tiempos; vivía como un rey, con una corte de amigos y una larga servidumbre de criados. Este había sido el fruto de sus campañas contra el *clericalismo*; pero una herida, una inflamación, ha dado al traste con el hombre, con su riqueza y con su ambición desapoderada.

Mr. Gambetta estudió en su juventud la carrera de teología, porque su madre quería que se consagrara á la Iglesia. En el fondo de su conciencia quedaría tal vez alguna chispa de aquella luz, con la cual habrá visto al morir que la Iglesia es yunque contra el cual se deshacen y pulverizan los martillos de sus perseguidores.

¡Háyle alcanzado al desdichado difunto la misericordia divina! Descanse en paz, y mediten sobre su sepulcro los que siguen su camino en qué vienen á parar los triunfos, los laureles y las riquezas de la vida.

Esta revista se va haciendo larga. Feliz año nuevo, y hasta otra.

NULEMA.

CRÓNICA

En medio de la tristeza de los tiempos, brilla de tarde en tarde en el horizonte algún rayo de luz consoladora.

No ha querido el cielo que termine el año de 1882 sin que reciba una grande consolación el corazón bondadosísimo del gran Leon XIII. La diplomacia rusa ha aceptado las bases del convenio con la Santa Sede, ultimado entre el Emmo. señor secretario de Estado de Su Santidad y el Sr. Bon-tienieff, y estas bases han sido solemnemente suscritas en el Vaticano el 24 del pasado Diciembre.

Nuestros hermanos de Polonia, no menos queridos porque habitan lejanas regiones, han abierto su corazón á la esperanza, como el náufrago que tras deshecha borrasca ve brillar en el horizonte el anuncio de más tranquilos días.

Con arreglo á las bases de este convenio, Varsovia recobrará á su antiguo Arzobispo, que gime solitario en medio de los inmensos desiertos del interior de Rusia, como uno de los más fuertes y valerosos atletas de la causa católica, y que sólo ha conservado en el destierro la vida para orar á Dios por sus diocesanos y por sus perseguidores.

Las otras diócesis que gimen sin Pastor, como viudas desoladas, celebrarán nuevas nupcias con eminentes sacerdotes de la misma prudencia, de la consumada sabiduría y del indomable valor del arzobispo de Varsovia.

Los seminarios de las diócesis polacas, que se hallaban cerrados desde los tristísimos días de la persecución, volverán á abrirse y serán plantel fecundísimo de nuevos ministros del santuario.

Podrán proveer los Obispos los curatos vacantes, que son innumerables, y sólo en determinados puntos habrán de dar parte de los nombramientos que hagan á las autoridades civiles. El Estado auxiliará la obra de los nuevos Pastores de las almas, y éstos en cambio procurarán apartar á los fieles de las sendas por que quieren arrastrarlos las sociedades secretas, recordándoles constantemente la admirable Encíclica de Su Santidad contra el socialismo.

El Czar acreditará al Sr. Bontenieff como plenipotenciario suyo en el Vaticano, y le autorizará para resolver, de acuerdo con la Santa Sede, los diversos asuntos que serán objeto de nuevas negociaciones.

La prensa sectaria, que no perdona medio alguno de mostrar su enemiga contra la Iglesia, ha tratado de quitar á las anteriores noticias, ya que no toda su importancia, porque está no es posible, gran parte por lo menos de la que realmente tienen.

Pero sus esfuerzos han sido vanos. Empleó la misma táctica cuando Prusia reanudó sus relaciones con la Santa Sede, y hoy toda Europa está convencida de que aquella reanudación de relaciones diplomáticas fué un golpe recibido por la Revolución en Italia, como lo ha probado lo sucedido en el asunto Matinnuci.

Pretende ahora dicha prensa que Rusia ha aceptado el convenio con la Santa Sede, ante la necesidad de atraerse á los polacos, en vísperas de una guerra que dan por inminente muchas publicaciones serias, entre aquella potencia y Alemania y Austria.

No creemos que la guerra entre las indicadas potencias sea tan inminente como se piensa, ni es fácil convencernos de que el Gabinete de San Petersburgo se forje la ilusión de que un convenio celebrado con la Santa Sede habrá de granjearle en poco tiempo la buena voluntad de los polacos.

Las justas quejas de la población polaca contra los rusos; las aspiraciones patrióticas de Polonia, no son obra de un día, que nace con la aurora y muere al desaparecer el último celaje de la tarde. Han echado profundísimas raíces en los nobles corazones de aquellos hermanos queridísimos, que, si se hallan dispuestos siempre á derramar su sangre por la Religión, no lo están menos á imponerse toda suerte de sacrificios para recobrar su pérdida independencia.

La prensa cismática rusa ha sido más sincera que la sectaria de por acá: el Gobierno de San Petersburgo ha celebrado un tratado de paz con la Iglesia católica, ha dicho, porque espera mucho de la acción de esta Iglesia contra las locuras del nihilismo.

Los ministros del Czar han acudido esta vez al Vaticano, como el viajero acosado por la sed acude á la cristalina fuente, aunque le cueste no pequeño sacrificio.

Pero si hemos de dar crédito á los diarios más caracterizados de Londres, á los sectarios les espera un nuevo y quizá más grave disgusto, que va á darles un antiguo adversario del poder temporal de los Papas: el Sr. Gladstone.

Según los mejor informados, lo sucedido y lo que va á suceder en este punto es lo siguiente.

Ha sucedido que el gobierno de la reina Victoria ha sido informado por el virey de Irlanda de la gran influencia que la augusta palabra del Papa ejerce sobre la inmensa mayoría de aquellos isleños, lo cual se ha manifestado con los prodigiosos resultados obtenidos en la pacificación de aquella isla por medio de la carta de Leon XIII al Cardenal Arzobispo de Dublín.

De estos hechos deducía el virey de Irlanda la conveniencia de que el gabinete de Londres entre en relaciones diplomáticas regulares con la Santa Sede.

El gobierno de la reina Victoria ha comprendido que, en efecto, el consejo del virey de Irlanda estaba muy puesto en razón, y ha entablado negociaciones con la Santa Sede para reducirlo á la práctica.

Según unos, la Santa Sede no ha contestado todavía á las comunicaciones del gobierno de la Gran Bretaña; según otros, contestó con fecha 23 del pasado, declarando que aceptaba la proposición del gobierno que preside el Sr. Gladstone, y que podrá procederse en consecuencia.

Esperemos que los hechos vengán á confirmar estas noticias para elevar á la Providencia el testimonio de nuestra gratitud, por encaminarse de tal modo los sucesos, que aun aquellos gobiernos que más alejados quieren vivir de la Iglesia se ven obligados á acudir á ella, como al único médico capaz de curar las enfermedades que padece la sociedad moderna.

Hace doce años que los hombres del titulado reino de Italia se extasiaban contemplando las creaciones de su imaginación, á que llamaban porvenir de su obra portentosa.

Todo iba á ceder al impulso de los progresos del nuevo reino, cuyo orden interior, cuyas riquezas, cuyo poderío no reconocerían rivales en la faz de la tierra. Italia sería, no ya el mejor museo del mundo, sino también el Estado modelo, que al andar de los tiempos representaría el mismo papel en la edad moderna que representó en el antiguo mundo.

El tiempo, que es gran destructor de ilusiones, ha venido á destruir las de los fundadores del nuevo reino de Italia, muy parecido á las obras que en España se construyen por cuenta del gobierno, y que antes de estar terminadas suelen ya amenazar ruina.

El reino de Italia se derrumba. Cae á los pies del Pontificado. La revolución que lo formó lo destruye, para que una vez más quede acreditado el dicho aquel de que como Saturno devora á sus hijos.

La anarquía levanta su cabeza en las grandes ciudades, en las que el populacho se entrega á toda clase de excesos, y en el campo la propaganda socialista mina los cimientos del ser social.

Ultimamente, con motivo de haber sido ajusticiado en Trieste el regicida Oberdank, irredentista, que quiso hacer con el emperador Francisco José lo que Orsini con Napoleón III, las turbas democráticas de Roma, de Turín, de Génova, de Nápoles, han llevado á cabo ruidosas manifestaciones de protesta contra el fallo de los tribunales austriacos.

Libre-pensadores tan radicales como Carducci han publicado violentísimos artículos, en los que profetizan á Francisco José que morirá ahogado en su propia sangre.

El Sr. Mancini ha murmurado una excusa al oído del embajador de Austria en el Quirinal.

Pero éste ha vuelto la espalda sin hacer caso de ella, y probablemente la misma escena habrá ocurrido en el palacio de la embajada alemana.

Hoy quizás no convenga á Austria mostrarse enérgica con el gobierno del Quirinal; pero el aspecto de Europa cambiará, cuando el dedo de Dios señale la hora de la justicia para el nuevo reino de Italia, y entonces sólo quedará en la historia el recuerdo execrable de los atentados que precedieron á la constitución del nuevo Estado, y los que éste ha llevado á cabo!

El Patriarca católico de Armenia acaba de dirigir un llamamiento á los católicos del Occidente.

Las conversiones en Armenia son en tan gran número, son tantos los pueblos que piden que se les envíe un sacerdote que les enseñe lo necesario para salvarse y los reciba en el seno de la Iglesia, que el Patriarcado católico se ve reducido á la triste condición de aquel labrador que, por falta de recursos, no puede recoger todo el fruto que tiene en los campos.

Los Padres Jesuitas y Dominicos que con incesante esfuerzo secundan los trabajos del Patriarca, dicen y repiten que la mies es abundantísima, pero que los obreros son en realidad de verdad muy pocos.

Obreros y dinero pide Mons. Azarián al Occidente en nombre de los pueblos orientales sujetos á su jurisdicción pastoral.

De Francia han salido ya algunos sacerdotes para la nueva viña del Señor, y otros se disponen á seguir su ejemplo. También en algunas diócesis se han reunido respetables cantidades con el mismo objeto, y se reunirán muchas más, y más considerables, sin duda ninguna.

¿No encontrará eco por ventura en la católica España el llamamiento de Mons. Azarián, que tan admirablemente secunda en Oriente las elevadas miras del Soberano Pontífice?

Digámoslo con franqueza. Si el Occidente católico no responde al llamamiento del Patriarca armenio, vendrá quizá á perderse este grandioso movimiento de retorno á la fe católica, que se advierte

no sólo en los armenios cismáticos, sino también en los griegos que habitan el Asia Menor.

Ha llegado la hora de la redención de los Orientales, que al fin se verán libres de las pesadas cadenas del cisma.

Londres tendrá al fin una catedral católica digna de la ciudad más populosa del mundo.

Hace tiempo que el Emmo. Sr. Cardenal Manning compró el terreno necesario para la construcción de este nuevo monumento del arte cristiano.

Asustado, á no dudarlo, por la enorme suma que se necesita para emprender obra tan colosal, declaró que aplazaba para mejores tiempos la colocación de la primera piedra. ¿Para qué empezar, decía, lo que jamás podríamos concluir?

Un aristócrata recién convertido, sobre cuyo nombre se guarda grande reserva, se ha presentado al insigne Primado de Inglaterra y le ha ofrecido todos los recursos necesarios para empezar y dejar terminada dicha referida catedral con arreglo á los planos que se hicieron cuando se adquirió el terreno de que hemos hablado antes.

Hay ciertas buenas obras que en la tierra no tienen recompensa posible; que sólo Dios puede premiar en el cielo.

Y la de este nuevo católico es una de ellas.

D. ISERN.

ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE POR LA DIVINA PROVIDENCIA
PAPA LEON XIII Á TODOS LOS ARZOBISPOS Y OBISPOS DE ESPAÑA.



VENERABLES hermanos y amados hijos, salud y apostólica bendición.

Entre las muchas prendas en que se aventaja la generosa y noble Nación española, merece cierto el mayor elogio el que, después de varias vicisitudes de cosas y de personas, aún conserva aquella su primitiva y casi hereditaria firmeza en la fe católica, con que ha estado siempre enlazado el bienestar y grandeza del linaje español. Esta firmeza la hacen patente muchos argumentos, y mayormente la insigne piedad para con esta Sede Apostólica, que con toda clase de demostraciones, con escritos, con larguezas y con piadosas romerías, repetidas veces en modo muy esclarecido manifiestan los españoles. Ni se olvidará tampoco el recuerdo de tiempos recientes, en que toda Europa fué testigo del ánimo no menos esforzado que piadoso, de que dieron prueba en días aciagos y calamitosos para la Silla Apostólica.

En todo esto, además de un beneficio singular de Dios, reconocemos, oh amados hijos y venerables hermanos, los frutos de vuestros desvelos, y también la loable resolución del mismo pueblo, que en tiempos tan contrarios al nombre católico con ahínco se mantiene unido á la religión de sus padres, ni vacila en oponer una constancia igual á la grandeza de los peligros. En verdad, no hay cosa que no se pueda esperar en España, si tales sentimientos de los ánimos fueren fomentados por la caridad y fortalecidos por una constante concordia de las voluntades. Mas en este punto, porque no hemos de disimular lo que hay, cuando pensamos en el modo de obrar que algunos católicos de España creen que deben tener, se ofrece á nuestro ánimo una pena semejante á la ansiosa solicitud que pasó el Apóstol San Pablo por causa de los Corintios. Segura y tranquila había permanecido ahí la concordia de los católicos, no sólo entre sí, sino mayormente con los Obispos; y por esto, con razón, nuestro predecesor Gregorio XVI alabó á la Nación española porque perseveraba, en su *inmensa mayoría, en su antiguo respeto á los Obispos y pastores inferiores canónicamente establecidos*¹.

Pero ahora, habiéndose puesto de por medio las pasiones de partido, se descubren huellas de divisiones que dividen los ánimos como en diferentes bandos, y perturban no poco aun las mismas asociaciones fundadas por motivos de religión. Sucede á menudo que los que investigan cuál es el modo más conveniente para defender la causa católica, no hacen de la autoridad de los Obispos tanto caso como fuera justo. Aún más: á veces, si el Obispo ha aconsejado algo, y aun mandado según su autoridad, no faltan quienes lo lleven á mal ó abiertamente lo reprendan, interpretándolo como si hubiese querido dar gusto á unos, haciendo agravios

¹ Por la extraordinaria importancia de este documento y á ruego de muchos suscritores que quieren poseerla en los tomos de LA ILUSTRACIÓN, publicamos íntegra la Enciclica de 8 de Diciembre.

² Allec. *Afflitas*. Kal. Mart. 1841.

á otros. — Bien claro está, pues, cuánto importa conservar incólume la unión de los corazones: tanto más, que en medio de la desenfrenada libertad de pensar, y de la fiera é insidiosa guerra que en todas partes se mueve contra la Iglesia, es de todo punto necesario que los cristianos todos resistan, juntando en uno sus fuerzas, con perfecta armonía de voluntades, para que, hallándose divididos, no vengan á sucumbir por la astucia y violencia de sus enemigos. Por la tanto, conmovidos por la consideración de semejantes daños, os dirigimos estas letras, oh amados hijos nuestros y venerables hermanos, y encarecidamente os suplicamos que, haciéndoos intérpretes de nuestros saludables avisos, empleéis vuestra prudencia y autoridad en afianzar la concordia.

Ante todo es oportuno recordar las mútuas relaciones entre lo religioso y lo civil, pues muchos se engañan en esto por dos clases de errores opuestos. Porque suelen algunos, no sólo distinguir, sino aun apartar y separar por completo la política de la Religión, queriendo que nada tenga que ver la una con la otra, y juzgando que no deben ejercer entre sí ningún influjo. Estos ciertamente no distan mucho de los que quieren que una nación sea constituida y gobernada sin tener cuenta con Dios, Criador y Señor de todas las cosas: y tanto más perniciosamente y erran, cuanto que privan desatentadamente á la república de una fuente caudalosa de bienes y utilidades.

Porque, si se quita la Religión, es fuerza que flaque la firmeza de aquellos principios que son el principal sostén del bienestar público, y reciben grandísimo vigor de la Religión; tales son, en primer lugar, el mandar con justicia y moderación, el obedecer por deber de conciencia, el tener domadas las pasiones con la virtud, el dar á cada uno lo suyo y no tocar lo ajeno.

Empero, como se ha de evitar tan impío error, así también se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la Religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del Catolicismo á los que pertenecen á otro partido. Esto, en verdad, es meter malamente los mandos en el augusto campo de la Religión, querer romper la concordia fraterna, y abrir la puerta á una funestamultitud de inconvenientes. — Por tanto, lo religioso y lo civil, como se diferencian por su género y naturaleza, así también es justo que se distingan en nuestro juicio y estimación. Porque las cosas civiles, por más honestas é importantes que sean, miradas en sí, no traspasan los límites de esta vida que vivimos en la tierra. Mas, por el contrario, la Religión, que nació de Dios y todo lo refiere á Dios, se levanta más arriba y llega hasta el cielo. Pues esto es lo que ella quiere, esto lo que pretende; empapar el alma, que es la parte más preciada del hombre, en el conocimiento y amor de Dios, y conducir seguramente al género humano á la ciudad futura, en busca de la cual vamos caminando.

Por lo cual es justo que se mire como de un orden más elevado la Religión y cuanto de un modo especial se liga con ella. De donde se sigue que ella, siendo, como es, el mayor de los bienes, debe quedar salva en medio de las mudanzas de las cosas humanas y de los mismos trastornos de las naciones, ya que abraza todos los espacios de tiempos y lugares. Y los partidarios de bandos contrarios, por más que disientan en lo demás, en esto conviene que estén de acuerdo: en que es preciso salvar los intereses católicos en la nación. Y á esta empresa noble y necesaria, como unidos en santa alianza, deben con empeño aplicarse todos cuantos se precian del nombre de católicos, haciendo callar por un momento los pareceres diversos en punto á política, los cuales, por otra parte, se pueden sostener en su lugar honesta y legítimamente. Porque la Iglesia no condena las parcialidades de este género, con tal que no estén reñidas con la Religión y la justicia, sino que, lejos de todo ruido de contiendas, sigue trabajando para utilidad común, y amando con afecto de madre á los hombres todos, si bien con más especialidad á aquellos que más se distinguieren por su fe y su piedad.

El fundamento de esta concordia es en la sociedad cristiana el mismo que en toda república bien establecida, á saber: la obediencia á la potestad legítima, que, ora mandando, ora prohibiendo, ora rigiendo, hace unánimes y concordos los ánimos diferentes de los hombres. En lo cual no hacemos más que recordar cosas sabidas y averiguadas de todos; aunque son ellas tales, que no sólo es menester tenerlas presentes en el pensamiento, sino guardarlas con la conducta y práctica de todos los días, como norma del deber. Es decir, que así como el Romano Pontífice es maestro y príncipe de la Iglesia universal, así también los Obispos son rectores y cabezas de las Iglesias que cada cual legítimamente recibió el cargo de gobernar. A ellos perte-

nece en su respectiva jurisdicción el presidir, mandar, corregir, y, en general, disponer de todo lo que se refiera á los intereses cristianos.

Ya que son participantes de la sagrada potestad que Cristo Nuestro Señor recibió del Padre y dejó á su Iglesia; y por esta razón nuestro predecesor Gregorio IX dice: «No nos cabe duda que los Obispos, llamados á la parte de nuestra solicitud, hacen las veces de Dios»¹.

Y esta potestad ha sido dada á los Obispos para grandísimo provecho de aquellos con quienes la usan, puesto que por su naturaleza tiende á la edificación del cuerpo de Cristo, y hace que cada Obispo sea como un lazo que una con la comunión de la fe y de la caridad á los cristianos á quienes preside, entre sí y con el supremo Pontífice, como miembros con su cabeza. A este propósito es de gran peso aquella sentencia de San Cipriano:

*Estos son la Iglesia, la plebe unida con el sacerdote, y la grey arrimada á su Pastor*², y esta otra de mayor peso: *Deben saber que el Obispo está en la Iglesia, y la Iglesia en el Obispo, y si alguien no está con el Obispo, no está en la Iglesia*³.

Tal es la constitución de la república cristiana, y ésta inmutable y perpetua; y si así no se conserva religiosamente, forzoso es que se siga sumo trastorno de derechos y deberes, viniendo á romperse la trabazón de los miembros convenientemente unidos en el cuerpo de la Iglesia, el cual, fornido y organizado por sus ligaduras y coyunturas, crece en aumento de Dios⁴. Por donde se ve que es necesario tener á los Obispos el respeto que pide la excelencia de su cargo, y obedecerles enteramente en las cosas que toman á su jurisdicción.

Ahora bien: teniendo presentes las parcialidades que en estos tiempos agitan los ánimos de muchos, no sólo exhortamos sino aun rogamos á todos los españoles que se acuerden de este deber de tanta monta. Y señaladamente procuren con todo ahínco observar la modestia y la obediencia los miembros del clero, cuyas palabras y hechos ciertamente tienen muchísima fuerza para ejemplo de los demás. Sepan que los trabajos que emprenden en el desempeño de sus cargos, entonces serán, sobre todo, provechosos para sí y saludables para sus prójimos, cuando se ajustaren á las órdenes é insinuaciones de aquel que tiene en sus manos las riendas de la diócesis. Ciertamente no corresponde á su deber el que los sacerdotes se entreguen completamente á las pasiones de partidos, de manera que pueda parecer que más cuidado ponen en las cosas humanas que en las divinas. Entiendan, pues, que deben guardarse de salir de los límites de la gravedad y moderación. Con esta precaución, seguros estamos que el clero español, que con su virtud, con su doctrina y con sus trabajos ha prestado tantos servicios en beneficio de las almas y para bien de la sociedad, los irá cada día prestando mayores.

Para ayuda de su obra, juzgamos no poco á propósito aquellas asociaciones que son como cohortes auxiliares para el acrecentamiento de la religión católica. Así que alabamos el establecimiento é industrias de las mismas, y grandemente deseamos que, creciendo en número y celo, lleven cada día frutos más copiosos. Mas como éstas se proponen la defensa y dilatación de la causa católica, y la causa católica la dirige el Obispo en cada diócesis, síguese naturalmente que deben estar sometidas á los Obispos y hacer grandísima estima de su autoridad y protección. Ni han de trabajar menos las mismas por conservar la unión de los corazones: primero, porque es propio de toda sociedad que su fuerza y eficacia provenga de la mancomunidad de las voluntades; y en segundo lugar, porque es muy conveniente que en esta clase de asociaciones resplandezca la caridad, que debe ser compañera de todas las obras buenas, y como señal y divisa que distinga los discípulos de la escuela de Cristo. Por tanto, como fácilmente puede acontecer que los socios tengan diversos pareceres en puntos políticos, por lo mismo, á fin de que no venga á alterarse la unión de los ánimos por las opuestas parcialidades, conviene tener presente cuál es el fin que se proponen las asociaciones que se llaman católicas, y al tomar los acuerdos tener los ojos tan fijos en aquel blanco, como si no pertenecieran á ningún partido, acordándose de las divinas palabras del Apóstol San Pablo: «Los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo. No hay judío, ni griego, no hay siervo ni libre... pues todos vosotros sois una sola cosa en Cristo»⁵.

De este modo se conseguirá la ventaja de que no solamente cada socio en particular, sino también

las diversas asociaciones de este género, estén amigable y benévolamente conformes: lo que se ha de procurar con toda diligencia. Ya que dejadas aparte, como hemos dicho, las parcialidades, habrán desaparecido las ocasiones principales de rivalidades enemigas: de donde seguirá que haya una causa, y esta la mayor y más noble, que atraiga á todos, en la cual no puede haber discusiones entre católicos dignos de este nombre.

Finalmente, mucho importa que se acomoden á esta misma instrucción los que por escritos, especialmente en diarios, combaten por la incolumidad de la Religión. Bien conocido tenemos cuál es su objeto, y con qué voluntad trabajan para alcanzarlo: ni podemos menos de tributarles justas alabanzas como á beneméritos del nombre católico.

Pero la causa que han abrazado es tan excelente y tan elevada, que requiere muchas cosas, en que no es razón que falten los defensores de la justicia y la verdad; porque mientras ponen cuidado en una parte de su deber, no han de abandonar las demás. El aviso, pues, que hemos dado á las asociaciones, el mismo repetimos á los escritores: que alejadas las discordias con la blandura y mansedumbre, mantengan entre sí mismos y en la muchedumbre, la unión de los corazones, porque para lo uno y para lo otro puede mucho la obra de los escritores. Y como quiera que nada hay más contrario á la concordia que el desabrimiento en el hablar, la temeridad en sospechar y la malicia en acriminar, es preciso evitar todo esto con suma precaución. Las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que de al escritor la victoria en la contienda más bien que el peso de las razones, que la violencia y aspereza del estilo.

Estas reglas de obrar creemos que servirán muchísimo para apartar las causas que impiden la perfecta concordia de los ánimos. A vosotros toca, amados hijos nuestros y venerables hermanos, explicar nuestra mente, y poner el empeño posible en que todos conformen cada día su conducta con lo que llevamos dicho. Lo cual ciertamente confiamos que de buen grado harán los españoles, tanto por su probado afecto á esta Sede Apostólica, como por los bienes que se han de esperar de la concordia. Traigan á la memoria los ejemplos de su patria: consideren que si sus mayores hicieron dentro y fuera de España muchas proezas de valor y muchas obras ilustres, no las pudieron hacer desvirtuando sus fuerzas con las disensiones, sino juntándose todos como en una sola alma y un sólo corazón. Porque animados de la caridad fraterna y sintiendo todos lo mismo, es como triunfaron de la potente dominación de los moros, de la herejía y del cisma. Con que sigan las pisadas de aquellos cuya fe y gloria han heredado, é imitándolos, hagan ver que aquéllos dejaron herederos, no sólo de su nombre, sino también de sus virtudes.

Por lo demás, amados hijos nuestros y venerables hermanos, pensamos que os conviene para la unión de los ánimos y uniformidad de disciplina, que los que vivís en la misma provincia, de cuando en cuando confiráis unos con otros y con vuestro Metropolitano, para tratar á una de las cosas que tocan á todos, y que cuando el asunto lo pidiere, acudáis á esta Silla Apostólica, de donde procede la integridad de la fe, el vigor de la disciplina y la luz de la verdad. Para lo cual ofrecerán coyuntura muy propicia las romerías que suelen emprenderse en España. Pues para componer las discordias y dirimir las controversias, nada hay más á propósito que la voz de Aquel á quien Cristo Nuestro Señor, Príncipe de la paz, puso por Vicario de su potestad: así como también la abundancia de carismas y gracias celestiales que manan copiosamente de los sepulcros de los Santos Apóstoles.

Empero puesto que toda nuestra suficiencia viene de Dios, rogad mucho á Dios juntamente con Nós, para que dé á nuestros avisos virtud y eficacia, y disponga los ánimos de los pueblos á obedecer. Preste favor á nuestros trabajos la Inmaculada Virgen María, augusta Madre de Dios, Patrona de las Españas; asistanos Santiago Apóstol, asistanos Santa Teresa de Jesús, virgen legisladora y gran lumbrera de las Españas, en quien el amor de la concordia y de su patria y la obediencia cristiana, como en perfecto ejemplar, maravillosamente brillaron.

Entre tanto, como prenda de los dones celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, á todos vosotros, amados Hijos nuestros, y venerables Hermanos, y á toda la Nación española, con muchísimo afecto en el Señor, damos la apostólica bendición.

Dado en Roma en San Pedro á los ocho de Diciembre de MDCCCLXXXII. De nuestro Pontificado año quinto.

LEÓN PP. XIII.

1 Epist. 198, libro XIII.

2 Epist. 60 Ad Papiam.

3 Ibid.

4 Coloss. 11, 10.

5 Gálat. III, 27, 28.

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA IMAGEN Y SANTUARIO DE LA VIRGEN
DE LA GLEVA

o que más prueba cuán extendido se hallaba ya en España el culto de María en los siglos anteriores á la invasión mahometana, es la multitud de imágenes que de ella se han ido encontrando de las que nuestros ascendientes procuraron sustraer y salvar de la mano profanadora de aquellos invasores.

He aquí también el origen de la Virgen y del Santuario de la Gleva. En cuanto al año en que fué encontrada la santa imagen, nada de fijo establece su principal historiador; deduce tan sólo por fundada conjetura que fué poco después de la victoria del conde Borrell. En el año 986, ganó el conde á los moros la ciudad de Barcelona, después de un mes de haber sido tomada. Y como la invención de la Virgen de la Gleva fué muy anterior á 1074, infiere que sería poco después de aquel glorioso acontecimiento. La tradición que se conserva en esta comarca, fundada, según se dice, en antiguas escrituras, que no nos ha sido dable examinar, dan á este hecho memorable más de mil años de antigüedad, pues lo fijan en el de 822.

El modo con que se verificó hallazgo tan precioso, se ha hecho ya tan popular, que casi pudiéramos suprimir su relato. El cuadro que ofrece está lleno de la cándida sencillez de aquellos tiempos. Apacentaba bueyes una tierna pastorcilla, cuyo nombre propio nos es desconocido; pero que ha conservado la tradición con el sobrenombre de la *Pastora de la Gleva*. Era hija de una casa solariega, no muy lejos del lugar donde está erigido el santuario, y que hoy tiene el nombre de la Codina. Advirtió que uno de aquellos mansos animales escarbaba la tierra en un mismo lugar, dando algunos bramidos, como que indicase esconderse allí un tesoro. Y como porfiando en su empeño, abrió allí un grande agujero, por donde la inocente niña pudo descubrir la santa imagen colocada entre dos columnas y debajo de una gleva ó terrón que le servía como de arco. De un buey y de una doncella se valió la Providencia para tan preciosa invención, como si quisiera manifestarnos que para encontrar á María son necesarias la mansedumbre y el candor. Sólo una virgen tierna fué hallada digna de encontrar la imagen de la Virgen de las Vírgenes, así como su Hijo Santísimo sólo se revela á los mansos y humildes de corazón.

Luego de encontrado tan gran tesoro, manifestó la Sagrada imagen de María, escondida sin duda por los antecesores cristianos durante el tiempo de la invasión sarracena, voló la fama, se divulgó el prodigio, y la niña suplicó á su padre hiciese edificar una capilla, donde pudiese ser más venerada la Madre Divina del Salvador. No puede asegurarse; pero se conjetura, que á vista de tal portento se ejecutó tan justa petición con la puntualidad posible. Y entonces fué cuando se dió á esta imagen de María el nombre de la Gleva, por ser ésta la palabra catalana que mejor corresponde al terrón que servía como de dosel á la sagrada efigie. Mas sea como fuere, es lo cierto, que poco permaneció la imagen de María en el lugar en que fué hallada, y ó sea por disposición del padre de la zagaleja ó á instancias de los del pueblo de San Hipólito de Voltregá, pueblo situado á una altura distante un cuarto de hora del punto del hallazgo, á él fué conducida con el objeto de recibir más veneración y culto. Pero la tradición nos ha conservado la memoria de otro prodigio. María no quiso ser venerada sino en el lugar por ella favorecido, y la imagen volvió á aparecer prodigiosamente en el lugar en que hoy está erigido su santuario. Edificósele, pues, una capilla, que sería la primitiva, y en ella creció tanto la devoción á María, que llegó á ser con el tiempo un santuario magnífico, cual el que hoy admiramos.

Todas las circunstancias de la posición en que María quiso ser colocada han llamado la piadosa atención de los que han descrito su santuario. Al pie del montecillo donde se halla la imagen de María y está aquel erigido, pasa el camino real del pueblo de San Hipólito á la ciudad de Vich. Cerca del mismo santuario pasa el seogado Ter, llenando los campos de fecundidad y de vida. Parte de los Pirineos, y con suave murmullo saluda con sus cristalinas y saludables corrientes el trono de María, como para tomar su bendición y llevarla á otras comarcas por donde pasa. De aquí se dirige á la noble ciudad de Gerona para desaguar después en el Mediterráneo.

Hablando un historiador de la imagen de María de la Gleva se entretiene en describir la majestad de su rostro, llena de cara, de ojos muy vivos, serena frente, afable, grave, pero de color algo moreno. Es de notar que este color atezado ó aceitunado, ó llámese trigueño más ó menos subido, se ad-

vierte en casi todas las imágenes de María que debemos suponer anteriores á la invasión sarracena, nariz aguileña y perfilada, ojos grandes y rasgados, cejas arqueadas, rasgos todos que parecen asimilarse á un tipo judío. Pero en tales imágenes, no tanto debemos buscar la perfección artística, como las formas de una bien conservada tradición y los esfuerzos con que la piedad del artífice procuraba aproximar las copias á la idea más ó menos exacta que se había formado de su original. Hablando en general, la pintura ha sabido en esta parte sublimarse con mayor acierto á la representación de lo bello que la escultura; y para representar la angelical hermosura de María, bajo formas humanas, pero que participan del cielo, nadie ha podido llegar al casi divino pincel de Rafael y de Murillo. Actualmente la imagen de la Virgen de la Gleva no presenta aquel color oscuro, del cual se ha dicho mil veces aplicado á las imágenes de María: *nigra sum sed formosa, filiae Jerusalem, sicut tabernacula Cedar, secut pelles Salomonis*. Sin duda, que cuando se restauró el santuario, si no antes, se creyó dar realce á la imagen sustituyendo el antiguo color por el blanco y sonrosado.

A 19 de Diciembre de 1660, queriendo remover algún tanto el altar donde está la santa imagen, el cual se hallaba colocado sobre el lugar mismo en que aquella fué encontrada, con las escavaciones se descubrió en la parte del Evangelio el cadáver de una niña de nueve ó diez años. De este suceso tomó información el Illmo Sr. D. Fr. Francisco Crespí, de feliz memoria, entonces obispo de Vich, y como no se pudo conseguir noticia alguna acerca de la procedencia de aquel cadáver, fué depositado en una urna, y voló la fama, y es muy probable que era el de la niña que halló la sagrada imagen de María y que se conserva aún en el altar debajo del presbiterio.

En cuanto á la historia del santuario, es dudoso si luego después de la invención de la santa imagen tuvo ésta su capilla en la iglesia parroquial de San Hipólito; pero es de creer no llegase aquella á erigirse, pues es tradición que la imagen volvióse prodigiosamente al lugar donde fué encontrada. Lo que parece indudable, es que por de pronto se le erigió una pequeña capilla, donde pudiesen los fieles públicamente venerarla. Andando el tiempo y aumentándose la devoción á María, fué preciso edificar ya un pequeño templo, de alguna mayor capacidad. Hasta que posteriormente se edificó el santuario tan capaz como hoy le vemos; y esta tercera fábrica parece ser obra de principios del siglo pasado, y levantada sobre la planta que tiene hoy el santuario. Construyóse el presbiterio tal como está para contener el precioso retablo ó altar mayor en que se ostenta la venerable imagen, la cual fué en él solemnemente colocada en 25 de Marzo de 1688; hasta que un fatal accidente vino á destruir casi en su totalidad el hermoso templo, mostrándose al mismo tiempo en medio de tan terrible conflicto el poder y la protección de María. Daremos la relación de este suceso, extractando la que dieron á luz poco después de la catástrofe los obreros del mismo santuario, en 1760.

En 2 de Octubre de 1759 cayó un rayo, entrando por la torre, y pasando al presbiterio, se cebó en el retablo, respetando la santa imagen. Abriendo ancha grieta en la pared, entró en la sacristía, donde no perdonó los vasos sagrados ni la riquísima corona. Volvió á la iglesia: abriéndose paso por la primera pared, bajó desde la sacristía á la cueva que está debajo del prebisterio, en donde después de haber destruido los cuatro altares, sepultóse debajo de sus mismas ruinas.

Resultaban, pues cuatro grandes paredes desmoronadas y convertidas en un montón de escombros y ruinas, entre los que se descubrían con dolor, fragmentos de altares y de imágenes. Pero en medio de esta formidable permisión del cielo, se dejaron ver varios prodigios de indemnidad y preservación que formán una de las páginas más brillantes de los anales de este santuario. En primer lugar, quedó sin lesión alguna la sagrada imagen de María, y todo su precioso camarín, á pesar de encontrarse dentro del ámbito ó casco del presbiterio y de la inmensidad de ruinas que sobre él se desplomaron. Ninguna de ellas penetró siquiera en el retrete de María, detenidas milagrosamente ante sus débiles paredes, como en otro tiempo las ondas del Jordán á los lados del Arca santa. Otro prodigio fué, el quedar sin lesión alguna, sobre treinta personas que se hallaban á la sazón en aquel reducido edificio unido al santuario. Eran de dos á tres de la tarde, y nadie había en la iglesia, á pesar de la costumbre de reunirse en ella á orar en tiempo de tempestad, pero ésta parecía ya disipada. El último prodigio de este gran suceso, fué quedar con salud y vida el ermitaño septuagenario, no obstante, hallarse en el piso más alto de la torre, ventando las

campanas para alejar la tormenta, y de más de veinte leves heridas recibidas en la cabeza.

A vista de aquella calamidad, los obreros de aquel santuario invitaron á todos los fieles de la comarca á que cooperasen á la restauración de la derruida iglesia, la cual se reedificó y adornó del modo que en el día se admira con las limosnas de los devotos de María.

Y tanto se trabajó y adelantó en la nueva fábrica, que á 6 de Setiembre de 1767, se consagró á Dios, bajo la invocación de la Virgen María, el templo en la majestuosa forma en que ahora se encuentra.

La casa, unida al santuario, que sirve hoy día de espaciosa habitación al P. Capellán, ermitaño y demás familia, con sus oficinas, cómodos aposentos y anchas galerías, data, según parece, del año 1820.

JOAQUÍN ROCA CORNET.

EL PREMIO GRANDE

HISTORIA EJEMPLAR

I

— Te digo que es real y positiva, que conozco á los personajes, y que el hecho es muy reciente.

— ¿Y digno de oírse?

— Ahora lo verás.

Y *velis nolis*, mi amigo me disparó la siguiente historia.

II

Don Pascual Blanco y doña Paz Alegría hubieran formado la pareja más feliz de la tierra, si como él tenía discreción, ella tuviera discernimiento; si como él era un padre cariñoso, ella fuera una madre razonable.

Pero no sucedía así, y la guerra doméstica que doña Paz empuñó desde el primer día de su matrimonio tenía hecho un negro al inofensivo señor Blanco, para quien el alegre apellido de su esposa era un eterno motivo de honda tristeza.

No eran jóvenes ni mucho menos, pues de su matrimonio tenían dos hijas, de las cuales la menor contaba diez y siete primaveras.

Y la misma diferencia que se notaba en los caracteres de los padres resaltaba á primera vista en el de las hermanas, educadas cada una en la escuela, y según los gustos y aficiones de las dos.

De donde resultaba que si Aurora — la menor — era el retrato de su madre, Rosa estaba cortada con la misma tijera que su padre.

Y de ahí la predilección que cada uno de los cónyuges mostraba por su *alter ego*, si bien hay que confesar que el bueno de D. Pascual — que en esto como en lo demás, era la antítesis de la indomable doña Paz — no habría jamás consentido que ni el aire ofendiera á ninguna de las tres. ¡Al fin todas eran pedazos de su corazón!

— Siempre has sido lo mismo — gritaba la fogosa matrona, en el momento que la presentamos á los lectores, dirigiéndose á su esposo — mientras yo estoy hecha un zascandil, trabaja que trabaja para tenerlo todo presentable; tú ahí mano sobre mano, mirando al techo y pensando en las musarañas.

— Pensaba en tí, mujer — contestaba, con una calma que hubiera envidiado Job, el buen Sr. Blanco — pensaba en tí, lo cual no es pensar en las musarañas ciertamente.

— ¿Y qué pensabas?

— Voy á decírtelo. Hoy cumple el plazo de cuatro años, que te señalé, para que en ese tiempo manejaras los intereses de la casa á tu gusto, sin intervención ninguna, como dueña absoluta.

— ¿Y qué?

— Desde que nos casamos, se te puso en la cabeza la maldita idea de figurar, se apoderó de tí el demonio del fausto y de las espléndidas reuniones.

— Lo mismo, exactamente lo mismo que nuestra amiga la baronesa, y nuestra conocida la americana, y... que todas las personas de gusto.

— Del mal gusto, querrás decir.

— ¿Y á qué vienen ahora todos esos recuerdos?

— Ya lo irás viendo. Hasta el día que me amenazaste con la separación, si no te dejaba obrar á tu capricho, la casa había ido de mal en peor; pero sosteniéndose.

— ¿No concluirás nunca?

— Poco á poco hilaba la vieja el copo. Desde aquel día todo ha ido manga por hombro: eso sí, hemos habitado dos ó tres palacios, nos hemos co-deado con la gente del gran mundo, hemos hecho la vida del *big life* — que dices tú — y por fin, hemos llegado á vivir como Dios quiere en este modesto cuarto segundo de la calle de Leganitos.

— No tienes tú la culpa — gritó ya fuera de sí do-

ña Paz—sino yo, que he querido hacerte hombre visible.

—¿Cochero, acaso?

—Ministro, Embajador, Rey, todo menos lo que en este momento eres.

—Soy un buen padre, y, créeme, estoy contento con mi suerte. Pero vamos al caso, y el caso es el estado económico de nuestra hacienda tan hábilmente manejada por tí. Capital en el momento de encargarte del gobierno de la casa: cien mil duros. Existencias en este instante...

—Concluye.

—Cuatrocientos reales.

—¿Nada más?

—Y me parece un sueño que aún haya en casa esa fortuna.

—Pues de eso á tí, y sólo á tí hay que culparte: te quise hacer diputado y te separaste del Ministerio por un pretexto fútil.

—¿Fútil!

—¡Claro! tú no estabas conforme con que se aumentaran los impuestos á los contribuyentes; tú querías que la Marina estuviera mejor montada; tú no querías que se dejara cesante á nadie mientras todos cumplieran con su deber, y esas y otras niñerías por el estilo te hicieron ponerte enfrente del Gobierno. Además, ¿yo que he gastado?

—Una miseria. Voy á leerte tu último presupuesto. Casa y servidumbre seis mil duros.

—Ocho mil tenía la baronesa.

—Es verdad: pero su marido tenía una renta de veinticuatro mil. Para el plato, doce mil duros.

—Veinte mil tenía la americana.

—También es cierto: pero en cambio cuenta con un capital de medio millón de duros. Coche y vestir, veinte mil duros.

—La generala gasta el doble.

—El general ha desempeñado altos cargos, y su último, de gobernador de Filipinas, lo ha hecho inmensamente rico.

—Pues todo eso no quiere decir nada, y hoy mismo saldremos de esta situación.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¿Te burlas?

—¿Y quién hará ese milagro?

LA CIUDAD DE NAZARETH, EN PALESTINA.



LA PORTA

—Hoy sabes que está el conde convidado á almorzar: es un buen partido para mí Aurora, y, además, tengo en perspectiva diez millones de reales.

—¡Diez millones!

—Es decir: diez no; nueve, porque no se quién ha sido el tunante que me ha robado uno.

—¿Te han robado cincuenta mil duros, y no has denunciado el robo?

—Te diré: hoy juegan la Lotería Nacional; quise comprar un billete; había soñado con el premio grande, y empleé mis últimos noventa duros, porque faltaba un décimo.

—¡Ah! y por eso tenemos en caja cuatrocientos reales. ¡Ya decía yo!

—Que nos quedaríamos sin ellos si el tenedor del décimo me le quisiera vender.

—¿No lo has anunciado en *La Correspondencia*? Eso te hubiera proporcionado acaso un medio de hallarlo.

—Ya lo he hecho.

—¿A ver? sí... aquí está. «El poseedor del décimo de billete número 3.333 recibirá por él, si lo quisiera vender, el doble de su valor. Dirigirse» etc. Eres una mujer de talento.

—Más que tú, mucho más que tú, ¿oyes?

—Demasiado.

—Y tú eres un desagradecido, indigno de que yo te haga millonario y padre de un hombre como el conde de San Pablo.

—¡El conde de San Pablo!

—Como suena.

Este nombre parece que ha hecho sensación á don Pascual, que después de meditar breves segundos, se sienta murmurando:

Tu cabeza es hermosa, pero sin seso.

III

—¿Qué te parece este vestido, mamá?

—sale diciendo Aurora mientras da dos ó tres vueltas por la sala, sin saludar y hasta sin fijarse en su padre que la contempla con lástima.

—Basta con que lo lleves tú para que sea inmejorable —dice doña Paz, que besa á Aurorita con toda la fuerza de una madre enamorada.

— No tiene más que un defecto.
 — ¿A ver? — dice el padre.
 — Que no lo han hecho en Francia.
 — ¡Claro! — afirma la madre — no se puede decir en ninguna parte que tu hermana Rosa lo ha cosido.
 — ¿Perdería el mérito, verdad? — replica el señor Blanco con su habitual amargura.

— Todas las personas de tono se cosen sus vestidos en París, ¿con qué cara digo yo que una hija mía hace lo que una modista cualquiera?
 — ¡Ah! ¿sabes lo que me ha dicho Rosa?
 — Alguna majadería.
 — Que está muy satisfecha de los platos que ha confeccionado para que obsequiemos al conde.
 — A tu futuro, ¡eh!

— ¿Crees tú, mamá, que el conde estará enamorado de mí?
 — Se necesitaría no tener ojos en la cara para no prendarse de una niña que es tan linda como tú. ¡Y si vieras cómo te pareces á mí cuando yo tenía tus años!
 — ¿Eras también linda? ya no me acuerdo — exclama D. Pascual.

LOS OCIOS DE CARLOS V



CÁRLOS V EN YUSTE,

Cuadro del Sr. Jadraque, premiado en la Exposición de 1878.

— ¿Qué te has de acordar tú? ¡Ah! si yo hubiera sabido qué clase de hombre me destinaba mi padre, cualquier día le obedezco.
 Y dirigiéndose á su hija, continúa:
 — Además, su carta es terminante. « Señorita: Yo deseo á hablar á usted, cuando su mamá lo estime oportuno, porque de nuestra conversación depende mi felicidad. » ¿Qué tal?

— ¡Phs! — contesta D. Pascual — una carta que no dice nada y que á la vez dice mucho.
 — Es decir — replica doña Paz — nada para ti, y mucho para nosotras.
 — Poco ha de vivir quien no lo vea.
 A todo esto, el semblante de doña Paz se ha tornado más duro que de ordinario, y cómo si una gran nube de desesperación hubiera velado su rostro, que

nunca brillaba satisfecho más que cuando admiraba algún nuevo encanto de su Aurora.
 — ¿Qué tienes, mamá? — le pregunta su hija.
 — Hija, todos mis sacrificios son inútiles, mi almuerzo no dará resultado, mi último gasto será inútil.
 — No te entiendo.
 — ¡Ah! si yo tuviera otra clase de marido. Pero el

mfo es completamente inútil. ¡Jesús, y qué desgraciada soy!

Y como si hubiera tenido un torrente de lágrimas á su disposición, comenzó á llorar amargamente.

Don Pascual se levantó de su asiento, y acercándose á su esposa la dijo:

— Aún te quedan algunas horas de dominio en la casa. Manda, que yo estoy dispuesto á obedecerte.

— ¿En todo?

— Hasta el sacrificio.

— No exijo tanto. Pero ya ves, las conveniencias sociales reclaman muchas veces... hay situaciones que... yo comprendo...

— Habla de una vez.

— La mayor parte de nuestros amigos desconoce la verdadera posición nuestra, y están en la creencia de que hoy poseemos nuestra antigua fortuna.

— ¿Y qué?

— La venida del conde, á quien se le servirá un espléndido almuerzo, donde ni el Champagne echará de menos, hace de todo punto imprescindible un criado que nos sirva. A tí no te conoce; se sirven solamente tres cubiertos, y...

— Quieres que yo sea el criado, ¿no es verdad?

— La felicidad de todos está interesada en ello.

— No será yo el que, habiéndote prometido una vez obediencia ciega, vuelva atrás mi palabra. Yo serviré de criado.

Y al decir esto, no era ciertamente la contrariedad lo que se notaba en su semblante, sino la satisfacción.

Hubiera podido decirse que contaba de antemano con que su mujer le pediría ésta ó una parecida condescendencia.

IV.

En aquel momento tiraban de la campanilla, haciendo el efecto de un resorte, porque todos se alarmaron.

— Es él.

— Es él.

— ¿Quién si no á estas horas?

— Date prisa; es necesario abrir la puerta.

— Voy.

Algunos instantes después, vuelve á aparecer don Pascual, pero ya no con su elegante bata, sino con una lujosa librea, de la que doña Paz no había querido desprenderse, quizá presintiendo que alguna vez le había de ser necesaria.

El Sr. Blanco estaba desconocido... hasta su acento era el del galleguito más refinado en el instante de decir:

— ¿A donde le dijo qu'entre?

— ¡Ay, mamá; si parece de verdad!

— Será lo único que habrá hecho bien en la vida.

— Pero eso está feo... Papa haciendo de lacayo.

— Hija, en la vida hay que engañar, ó ser engañados. Prefiere ser tú de las primeras.

Desgraciadamente, los consejos de doña Paz eran órdenes para Aurora, que ya no pensó en protestar otra vez.

Abierta la puerta, y anunciado con toda formalidad el conde, penetra en la habitación un hermoso joven, de distinguidos modales.

Los saludos de rúbrica se cruzan, y antes de entrar de lleno en una conversación de mayor interés, el diálogo camina en *zig zag*, bordeando todos los terrenos, desde el estado del tiempo hasta la última moda, sin olvidar el elogio del nuevo vestido de Aurorita, y sin que la mamá deje de ponderar la elegancia que distingue á Mad. Joly de París en achaques de coser faldas como las que su hija luce.

Los anuncios de *La Correspondencia* ocupan un lugar accidental en la conversación.

— Pues parece que no — dice doña Paz — y la verdad es que todos contribuimos con nuestro grano de arena á levantar ese gran edificio de noticias. Yo misma he puesto hoy un anuncio.

— ¿Se le ha perdido á usted algo?

— Es simplemente un capricho de mujer. Mírelo usted.

El conde lee el anuncio y echa mano á su cartera, saca un papel y lo confronta con el periódico.

— Bendigo — exclama después — á la Providencia que me permite la felicidad de poderla ser útil.

— ¿Usted?

— Un capricho también me hizo comprar el décimo que la falta. Ahí lo tiene usted.

— Por supuesto — dice doña Paz — á condición de que acepte usted el doble precio.

— Señora, yo no he dado á usted ningún motivo para que me haga la ofensa de suponer...

— Sin ofensa, pero...

— Se me ocurre un medio.

— Queda aceptado.

— Los ricos son la Providencia de los pobres;

pues bien: yo doy á usted el décimo y usted regala á los pobres esa cantidad.

— ¡Muy bien! — exclaman á coro madre é hija.

Y doña Paz, que no pierde nunca la costumbre de lo que ella llama hacer como el gran mundo, toca un timbre, que hace aparecer en la puerta á D. Pascual, y en el rostro de Aurora el carmín de la vergüenza.

— ¿Qué manda la señora?

— Oye: este caballero regala á los pobres estos veinte duros; toma y entrégaselos.

— Está muy bien.

Y D. Pascual, que ha escuchado la conversación y que está en el secreto, toma el dinero, no sin echar antes una mirada al conde, con la cual parece querer estudiarle hasta el fondo del corazón.

Después de este incidente, la conversación toma un nuevo rumbo.

La carta que ha escrito es el tema de ella.

— Me ha llenado de satisfacción — dice doña Paz — porque ¿quién no desea complacer al conde de San Pablo?

Nuestro héroe está rojo como una amapola, y es que hay situaciones en que no se sabe cómo empezar, por muy fáciles de abordar que sean.

— Yo, señora — exclama por fin — estoy perdiendo demasiado enamorado.

Aurora enrojece hasta el blanco de los ojos, y su mamá casi da un brinco en su asiento.

— Estoy enamorado — prosigue — y no sé si tendré la dicha de ser correspondido.

— ¿Y no será indiscreta preguntándole el nombre de la persona de quien está enamorado?

— No lo sé.

— ¡Ah!

— Pero es fácil saberlo. La dueña de este pañuelo — dice — sacando uno que lleva cuidadosamente doblado.

— ¡Mi pañuelo! — exclama Aurora.

Y tanto en sus ojos como en los de su mamá brilla la expresión del triunfo. El deseo se tornaba realidad.

— Cuando ustedes gusten, la mesa está servida — dice en aquel momento D. Pascual, que desempeña su papel de criado con una inteligencia superior.

— ¡Pues, á la mesa! — continúa doña Paz.

Y el conde, atolondrado, como quien ve visiones, se levanta, presenta un brazo á Aurora, otro á su mamá, y se encamina al comedor, seguidos del irónico D. Pascual, que se frota las manos murmurando:

— No hay plazo que no se cumpla. ¿A quien de los dos nos tocará el premio grande?

V

En la mesa ocurre un incidente altamente cómico, y que á poco más da al traste con aquel castillo levantado en el aire.

Donde to lo abunda, desde las ostras hasta el Champagne, falta por una imprevisión no muy corriente; pero tampoco imposible, el pan, manjar que en un almuerzo de esta índole es casi artículo de lujo, pero artículo imprescindible.

Para dominar una situación de tal naturaleza se necesita gran presencia de espíritu, y no era ciertamente la esposa de D. Pascual de la raza de esas mujeres fuertes que nos recuerda la Biblia.

Con todo, la necesidad suele hacer heroes, y doña Paz apenas nota la falta, se levanta y corre en busca del criado, ó sea su esposo, á quien dice:

— Corre, corre en busca de pan.

— Al momento, señora — contesta su marido, que tomando á broma la escena, mantiene su papel con una serenidad admirable.

— Pero, ¿qué haces ahí tan quieto?

— Espero dinero.

— ¿No tienes? Acabo de entregarte veinte duros.

— Sí, señora; pero en cuanto los tomé fui á cumplimentar sus órdenes y están ya en poder de nuestro vecino. Ya sabe usted, aquel desgraciado que se fracturó un brazo y que no podría dar de comer á su familia.

Esta vez reniega doña Paz á *sotto voce* de la puntualidad de su criado, el que procurando contener la risa que en el cuerpo le retoza, dice al fin:

— De cualquier modo, yo lo arreglaré.

Y con una ligereza, que honraría al más listo lacayo, sale de la habitación, volviendo á entrar unos minutos después con el precioso encargo.

La satisfacción se vuelve á pintar en el rostro antes cejijunto de la esposa, que si las conveniencias sociales no la detuvieran, hubiera sido hasta capaz de abrazarle.

Comienza y concluye el almuerzo sin que el conde haya hecho una declaración formal.

Antes de tomar el café pasea la habitación contemplando maquinalmente los cuadros. De pronto da un ligero grito deteniéndose.

— ¿De quién es este retrato? — pregunta.

— Es — contesta doña Paz — es de... una parienta nuestra que... se murió.

— ¡Muerta! — Y al hacer esta exclamación el joven conde de San Pablo cae casi sin sentido en una butaca, repitiendo:

— ¡Muerta!

Doña Paz y Aurora abandonan aquella estancia en busca de sales, pues creen que el conde está desmayado efectivamente.

— ¡Muerta! — vuelve á exclamar.

— No del todo — dice en voz muy baja D. Pascual á su oído.

— ¿Cómo? — pregunta incorporándose repentinamente.

— Vive; pero morirá para usted si no me ayuda.

— Soy rico, muy rico, dime como podré verla y te haré partícipe de mi fortuna.

Pronto acuden madre é hija con un botiquín completo; pero entonces el conde se adelanta á su encuentro, diciendo:

— No es nada. La emoción que de mí se apoderó al encontrar á la dueña del pañuelo fué la causa... á veces mata la alegría.

Aurora mira á su madre como queriendo decir:

— ¡A buena hora, mangas verdes!

La campanilla suena y el criado aparece de nuevo.

— Señora, buscan á usted.

— ¿No has dicho que no estoy en casa?

— He dicho todo lo contrario.

— ¡Imbécil! ¿Y quién es el importuno?

El criado se aproxima y dice bajando la voz cuanto le es posible:

— Es una turba de acreedores.

— No recibo.

— Les acompaña un alguacil del Juzgado.

— ¡Ah! — y volviéndose al conde le dice: — Espere usted un momento, es mi amigo el Ministro de Ultramar que desea saludarme.

Y desaparece.

VI

— Señora — dice un tapicero — aquí traigo mi cuenta; págume usted.

— La mía — exclama una modista presentándose — abóneme usted.

Y así cinco ó seis más.

Doña Paz suda la gota gorda; pero de pronto llega á sus oídos un grito en la calle que la ilumina. ¡La lista grande!

— Aguarden ustedes, voy á pagarles ahora mismo.

Y baja con precipitación, y compra aquel papel que es su última esperanza, y cuando ya se cree en posesión de sus diez millones, ¡qué desengaño!

El número agraciado es el 40.404, sin que ella haya podido obtener ni el más pequeño reintegro.

Ahora le toca á doña Paz desmayarse, y pronto la rodean todos los individuos de su familia, incluso el conde, que ya sabe todo lo ocurrido, y á quien D. Pascual ha mostrado á Rosa de quien él estaba enamorado, desde que en una cacería fué conducido gravemente herido á una quinta de D. Pascual — malvendida á poco tiempo por su mujer — debiendo á los solícitos cuidados del padre y de la hija su restablecimiento.

Pasado el acceso de doña Paz, cae de rodillas á los pies de su marido.

— ¡Perdóname! — le dice llenos los ojos de lágrimas. — Yo te he hecho muy desgraciado, pero estoy arrepentida. Te devuelvo todos tus derechos.

— Ha sonado la hora — exclama D. Pascual con voz solemne — y yo te perdono de muy buen grado. Afortunadamente, mientras tú tirabas por un lado, yo ahorrraba por otro, y aún, gracias al cielo, soy dueño de unos cuantos miles de duros, con los cuales voy á pagar tus deudas y á dotar á nuestra hija.

— ¿A mi Aurora? — dice la madre.

— No, á nuestra Rosa, cuyo era el pañuelo que Aurora perdió en el teatro. Ya lo ves, hay Providencia.

VII

NOTA. La mujer cristiana no debe aspirar nunca al dominio absoluto de su casa.

OTRA. Jugar á la lotería no es crimen, pero puede llegar á serlo.

Que se lo pregunten á doña Paz, que así se lo dice á todo el mundo, añadiendo D. Pascual esta *posdata*:

— Cuando la felicidad perdida se recobra en una casa, es sólo cuando Dios nos depara *el premio grande*.

AMANE CER

Cubren las sombras el suelo;
brillan las claras estrellas,
y se iluminan con ellas
las extensiones del cielo...
de pronto... en el negro velo,
brota una línea de grana,
y allá, en la región lejana
donde se despierta el sol,
surge el brillante arbol
anuncio de la mañana...

Entonces con ecos graves
las enramadas se agitan
y, entre las hojas, palpitan
los cefirillos süaves...
cantan gozosas las aves,
susurra en su cáuce el río,
acrecenta el sol su brío,
y en el cáliz de las flores
presta fulgidos colores
á las gotas de rocío...

Luego el azul firmamento
se aclara, el sol se levanta,
y un himno gigante canta
el orbe en aquel momento;
del solitario convento
la humilde campana suena,
y en su vibración serena
parece que está diciéndo
que la oración va subiendo
á quien los orbes enfrena...

Dejan las aves su nido;
suena el áspero cencerro
del rebaño que en el cerro
pasó la noche acogido...
se oye irritado el ladrido
del mastín que es su vigía,
y allá, por la mar bravía,
se pierden las barcarolas
del que á las inquietas olas
su barca y su sér confía...

Todo es brillante y sublime,
y todo, con lengua ruda,
un sumo poder saluda
que vida á la vida imprime:
desde el arroyo que gime
á la luz abrasadora,
con lengua avasalladora
algo grita prepotente...:
¡hombre, doblega la frente;
póstrate de hinojos y ora!..

Que ascenderá tu oración
al pie del trono bendito
de un Dios bueno é infinito,
y en la solemne ocasión
en que cese el corazón
en su vário movimiento,
y se agote el pensamiento
y el cuerpo repose en calma,
verá amanecer el alma
más allá del firmamento...

JOSÉ MARIA DE ORTEGA MOREJON.

D. JUAN DE ARGUIJO

ESTUDIO BIOGRÁFICO

PARTE SEGUNDA

1600-1623

I

GRANDE era, como hemos dicho antes, el movimiento literario en la ciudad de Sevilla, y mayor todavía su importancia al empezar el siglo XVII. Sienten la belleza de una manera particular, nueva y especialísima los hijos del suelo andaluz, y la estética tiene en las escuelas sevillanas, tanto de poesía como de pintura, ciertas modificaciones y manifestaciones originales y propias. Uno de los caracteres distintivos del genio sevillano es su espíritu de propaganda y comunicación. Así las tertulias literarias, las Academias, han sido constante ocupación de los ingenios, y por los años de 1600 eran concurridísimas y notables, la que se reunía en el taller del pintor poeta Francisco Pacheco, y la que en sus aristocráticos salones juntaba el Veinticuatro D. Juan de Arguijo.

En una brillante reunión de esta se presentó inopinadamente un ingenio de la corte, cuyo nombre produjo gran efecto y prestó nueva animación á las sesiones con la lectura de comedias, novelas y poesías.

Era nada menos que el *Monstruo de la naturaleza*, el gran Lope de Vega, á quien llevó á la Academia de Arguijo el Contador de la Contratación de Indias Gaspar de Barrionuevo, en cuya casa se hospedaba.

Estudiando la historia literaria de aquellos años, bien se conoce la huella de la estancia de Lope en Sevilla. A pocos días había estrechado cordial amistad con el *Mecenas* de los escritores, y hacía tanta estimación de sus talentos, que terminada la obra que tituló *El Peregrino en su patria*, la envió á Don Juan de Arguijo para que le diera su parecer sobre ella.

En la república de las letras nunca faltan emulaciones, rencores y rivalidades. Pululaban en Sevilla, y no se libraban de los dardos satíricos, Lope ni Cervantes, ni Herrera ni Arguijo. Un poeta joven, tan decididor como desventurado, hijo de un Jurado de la Collación de San Vicente, hizo leer en cierta reunión literaria, que no se sabe cuál sea, el siguiente desenfado:

Envío Lope de Vega al señor don Juan de Arguijo el libro de *El Peregrino* porque diga si está bueno. Y es tan noble y tan discreto estando, como está, maldice es otro Garcilaso en su traza y compostura más luego entre sí ¿quién duña diga que está bella?

A pesar de todo, y con la aprobación de Arguijo, terminó Lope de Vega su libro, lo dedicó al Marqués de Priego con fecha en Sevilla 1.º de Diciembre de 1603, y lo dió á la estampa en la misma ciudad.

Entre sus preliminares llevó el siguiente:

DE DON JUAN DE ARGUIJO

Á

LOPE DE VEGA CARPIO
Soneto.

Con heroica grandeza el sabio griego
Cantó de aquel astuto peregrino
El luego discurrir, cuyo camino
Tuvo por fin de Ithaca el sosiego;

Y del ilustre Dárdano, que el ruego
De Elisa desdeñó, y á Italia vino,
Los varios casos resonó el latino
Plectro, que celebró de Troya el fuego.

De el uno y otro á la sublime gloria
Un peregrino en su fortuna aspira
Por la voz dulce y cortesano aviso

Del culto LOPE, que en su nueva historia
Tales sucesos canta con la lira
Del peregrino, que lo fué en Amphrýso.

La amistad del *Fénix de los ingenios* con nuestro poeta continuó con igual afecto y sin interrupción, hasta la muerte de éste. Le dedicó la *Dragontea*, la *Hermosura de Angélica*, la *Ruinas humanas* y la comedia titulada *La Buena guarda*; y le dirigió varios de sus sonetos y canciones.

Con toda la grey literaria de Sevilla conservó Lope relaciones de amistad, nacidas en aquel año que moró en la ciudad, según veremos muy pronto por un documento tan notable como curioso y desconocido; pero el preferido fué siempre D. Juan. Ni en la próspera, ni en la adversa fortuna, olvidó Lope de Vega el trato y comunicación con nuestro magnate; y es que éste se hacía tan recomendable por su afabilidad, como por su talento, y era tan buen amigo en el trato social, como docto consejero en materias literarias, y juicioso crítico en la apreciación de trabajos ajenos, que nunca miró con envidia, ni calificó con dureza, ni ofendió con emulación.

Solamente en la administración de su patrimonio era descuidado Arguijo, y su esplendor le produjo grandes amarguras.

II

«Hubo en Sevilla un hijo pródigo llamado D. Juan de Arguijo, á quien Gaspar de Arguijo, su padre, dejó por herencia quince mil ducados de renta en muy buenas posesiones y juros de los viejos.

«Este dió en hacerse académico, y juntar en su casa poetas, músicos y decidores, y así le conocían todos los que profesaban estos ejercicios en el reino, con que consumió toda el hacienda del principal de que procedían las rentas, porque no le quedó sino lo vinculado, y dello vivió retirado, mantenido de la dote de su mujer, y dióse tan buen cobro y expediente, que murió retraído en un convento y pobremente.»

Esta noticia curiosísima, consignada en un tomo de *Memorias sevillanas*, M. S., coetáneo del suceso, nos pinta en reducido cuadro el estado á que su liberalidad condujo al noble poeta.

Algún biógrafo atribuye la ruina de Arguijo á los enormes gastos que hizo en el recibimiento de la marquesa de Denia; y alguna razón podrá dársele, pues vemos que en el año de 1605 se pone demanda de ejecución en la real Chancillería de Granada á aquel magnate, al parecer opulentísimo, que en fines del año 1599 derrochaba millones en su heredamiento de Tablantes.

Tal vez empeñó sus bienes para procurarse recursos con qué cubrir aquellos gastos; pero es lo cierto que la casa-palacio objeto de tantos desvelos, tan artísticamente decorada, y donde tantos desembolsos había hecho D. Juan, fué sacada al pregón, y adjudicada en la suma de 149.500 ducados, que valían 7.125.000 maravedís, á D. Francisco Herrera Melgarejo. Todos estos datos, con otros muchos pormenores, se comprueban con documentos existentes en el archivo del señor marqués de la Granja, á cuya buena amistad debimos hace años esta noticia.

1 Gaspar de Peralta, en nombre del mariscal Miguel de Castellano, tesorero de S. M. en el río de la Hacha, provincia de Tierra firme de las Indias, y con su poder, ante Baltasar de Godoy, en Sevilla en 28 de Mayo de 1574, vendió al Sr. Gaspar de Arguijo unas casas principales con su recibimiento, aposentos y servicios de criados, patio, salas altas y bajas, corredores y huerta, con una paja de agua de los caños de Carmona, en la collación de San Andrés, que la esquina de ella sale frontero al Colegio de la Compañía de Jesús, que lindaban con casas del Veinticuatro Melchor Maldonado de Saavedra, y con casas de María de Medina y por delante la calle que de la Compañía va á la Venera, y puerta pequeña que salía enfrente de la puerta de la iglesia de la Compañía.

Doña María de Medina vendió al Veinticuatro Gaspar de Arguijo la mitad de unas casas solar, cuya otra mitad era de Doña Marina Bautista Méndez, su hermana, en la collación de San Andrés, que lindaban con casas principales del comprador y con otras de la santa Iglesia, y por delante lindaban con la calle que de la Compañía va á la Venera, en precio de cuatrocientos ducados ante Juan Bernal de Heredia en 10 de Setiembre de 1584.

La Doña Marina Bautista Méndez vendió también la otra mitad del solar al Sr. Gaspar Arguijo en setecientos ducados ante Pedro de Almonacid en 7 de Noviembre de 1587.

Francisco de Morales principió autos ejecutivos en la real Chancillería de Granada contra D. Juan Arguijo, Veinticuatro de Sevilla, Doña Petronila Manuel, su madre, y Doña Sebastiana Pérez de Guzmán, su mujer, sobre la redención de tres tributos impuestos sobre un juro de trescientos seis mil maravedís que le habían vendido, y se prosiguieron en virtud de provisión fecha en 8 de Julio de 1605, sobre el pago de doce mil ducados, y á su consecuencia se despachó receptoría para el embargo de bienes, los cuales anduvieron al pregón, y recayó sentencia de remate, se hizo tasación de costas, y se hicieron otras diligencias; se presentó la partición de Gaspar Arguijo, que pasó ante Diego Rodríguez, escribano público de Sevilla en 14 de Mayo de 1597; se hizo secuestro de bienes, y andando estos al pregón en 5 de Agosto de 1606 ante Diego de Cardenas, escribano del rey nuestro señor, y juez receptor de dicha Chancillería, el licenciado Francisco Anuncibais, abogado de la real Audiencia, hizo postura á unas casas principales frente á la profesa de los Teatinos, que lindaban por todas partes con casas de Juan Antonio del Alcazar, depositario general de Sevilla, y con las calles reales, sin cargo de tributos é hipotecas en precio de cuatrocientos de maravedís pagados de contado en plata luego que se rematasen. Esta postura la mejoraron otras personas, y entre ellas D. Francisco de Herrera Melgarejo, poniendo las casas en cantidad de ciento cuarenta y nueve mil quinientos ducados en 2 de Diciembre de 1606, y fué notificado el remate al mismo D. Francisco, y en el mismo día se proveyó auto para que depositase el precio en el depositario general, y parece por testimonio de Marcos Muñoz Cornejo, escribano de depósitos, que en 12 de Diciembre de 1606 Juan Antonio del Alcazar, depositario general, recibió en depósito del dicho D. Francisco de Herrera Melgarejo los ciento cuarenta y nueve mil ducados que valían siete millo- nes ciento veinticinco mil maravedises en plata, en que se remataron las dichas casas por bienes de Doña Petronila Manuel, viuda de Gaspar de Arguijo, y que hacía el depósito en cumplimiento del remate y venta judicial que se le había hecho de las expresadas casas, conforme á las posturas y con condición de que se le habían de dar títulos á satisfacción y de que se le habían de entregar libres y realengos de tributos é hipotecas especiales y generales, y que entre tanto no se sacase el dinero del depósito, y que los acreedores diesen fianza antes de sacar el dinero por si apareciese acreedor de mejor derecho.

En 18 de Diciembre de 1606 tomó posesión el D. Francisco de Herrera Melgarejo de las citadas casas, cuya posesión le fué dada por el juez executor.

El D. Francisco Herrera Melgarejo siguió en el disfrute de estas casas, y su sucesor D. Luis Herrera las agregó al mayorazgo de este nombre en 1.º de Octubre de 1742, cuyo mayorazgo, siguiendo la orde de sucesiones, es uno de los que disfruta y posee en la actualidad el excelentísimo señor marqués de la Granja.

Este mismo señor marqués, tomándolo de la titulación y documentos de su archivo, ha dado escrita la anterior nota, hoy 7 de Mayo de 1871.

El palacio varió de dueño, y andando el tiempo entró á formar parte de otro mayorazgo; pero, en verdad, creemos que la noticia conservada por el anónimo autor sobre la pobreza á que se vió reducido D. Juan de Arguijo, es equivocada por haberse escrito de referencias, ó cuando menos peca de grave exageración. Después de este contratiempo en su fortuna, D. Juan continuó siendo *Mecenas* de poetas y artistas, y los hechos de su vida en los años siguientes lo demuestran con harta claridad.

III

Con señaladas muestras de alegría se recibió en Sevilla la noticia de la beatificación de San Ignacio de Loyola, que llegó á ella en los primeros días del año 1610.

La compañía de Jesús la solemnizó con regocijadas fiestas, que hizo más brillantes aún el entusiasmo con que el pueblo las acogía. Hubo fuegos de gran vista y artificio en la torre de la Santa Iglesia Catedral, y otras en varias iglesias y conventos que hicieron por las noches hermosa perspectiva; procesiones vistosas, y para término un gran certamen y justa literaria en que se repartieron las composiciones por las nueve Musas. Fueron jueces el asistente de la ciudad, marqués del Carpio, el conde de Palma, el obispo de Bona, D. Juan de la Sal, el doctor Juan de Salinas, y otros muchos personajes; y concurren los más celebrados poetas, contándose entre ellos á D. Juan de Jáuregui, el Licdo. Rodrigo Caro, y hasta el renombrado D. Luís de Góngora.

Y causa ciertamente extrañeza no encontrar el nombre de D. Juan de Arguijo entre los jueces, ni entre los justadores, cuando tanta era su amistad con los Padres de la casa Profesa y tan patente su devoción á San Ignacio.

En todo el libro que de estas solemnidades escribió el Licdo. Francisco Luque Fajardo, y se publicó en el mismo año de 1610, no aparece, ni por casualidad, el nombre del famoso poeta. Estudiando aquel libro he creído encontrar la causa de este extraño silencio. Tal vez D. Juan fué parte en la organización y dirección de las fiestas; tal vez colaboró también en el libro de Luque de Fajardo. Así se explica bien la omisión. Más aún. Entre los preliminares, en la descripción que se hace de sitios y adornos antes de empezar la *Justa*, hay unos tercetos de un *Veinticuatro hijo de Sevilla*, dignos del ingenio de su autor y de no pasarlos en silencio, como dice el Licdo. Luque; y en mi entender basta leerlos de primera intención para conocer la pluma que los escribía, y que no es otra que la de D. Juan de Arguijo, Veinticuatro de Sevilla.

Dicen así:

Ya el héroe vencedor de sus deseos,
(Del nombre de Loyola ilustre gloria),
Comenzaba á ganar nuevos trofeos,
Y al pie de la montaña, que la historia
Acuerda de Guarán, que en ella había,
Dejado eterna al mundo su memoria.
Llegaba al tiempo, que la Aurora abría
El rojo Oriente á la divina lumbre,
Y al claro rostro del autor del día.
Mira aquella soberbia pesadumbre,
Incultos riscos, montes levantados.
Emulación de la estrellada cumbre,
Las cimas de los cerros, que empinados
Ofrecen hombros á la antigua carga,
Que oprime los de Atlante ya cansados.
Aquel sitio contempla, do con larga
Mano, quiso mostrar naturaleza
Que en vano el arte á imitación se alarga.
De la espesa montaña la dureza,
Y la dificultad de la subida.
Que entre peñas descubre su aspereza,
Los intentos le acuerda, de la vida
Nueva, que emprende, retirada y lejos
De la profunda multitud perdida;
Por senda estrecha de útiles consejos,
Que al alto monte le encamina, opuesta
Al ancho campo, de infelices dejos.
Sube, pues, la difícil yerta cuesta
Mientras deja Titon su amado lecho
Y al usado camino el carro apresta.
Y en la dificultad más satisfecho
Conoce, que favor no niega el cielo
A quien le pide con rendido pecho.
Alta seguridad, mayor consuelo
De amparo celestial, sus pasos guía,
Y firme alarga á la esperanza el vuelo.
Visita el grande templo de MARIA,
(Divina protección) y el nombre santo
S luda, en oración devota y pia.
Su rostro baña un tierno y dulce llanto,

1 Titúlase *Relación de la fiesta que se hizo en Sevilla á la Beatificación del Glorioso SAN IGNACIO, fundador de la Compañía de IESVS*.—A D. Sancho Davila y Toledo, Obispo de Jaén, del Consejo de Su Majestad, etc.—El Licenciado Francisco de Luque Fajardo de la Congregación de Clérigos de Sevilla.—Con licencia en Sevilla por Luis Estupiñán. Año 1610.

Dulce gozo del alma, do su fuerza
Nunca pudo el placer extender tanto.
Los primeros propósitos esfuerza,
Y con mayor afecto, el hecho voto,
Liberal, muchas veces le refuerza.
Y como el que, impelido de Euro y Noto,
Probó las iras, que al antiguo Abeto
En el Ponto cruel dejaron roto;
Entre confusa turbación inquieta,
Del cercano peligro temeroso,
Y de la vida en el mayor aprieto
Solicitó con ruego fervoroso
La gran piedad, que á su remedio atenta
Respondió en el efecto venturoso;
Y libre ya de la pasada afrenta,
Alegre y grato al prometido templo
Los despojos llevó de la tormenta:
Tal (Ignacio Santisimo) os contemplo,
Cuando colgadas vuestras armas dieron
Ornato á Monserate, al mundo ejemplo.
Armas que dignamente merecieron
Mayor estimación que las del griego,
Sobre que Ajax y Ulises contendieron;
Mas no ha de suceder el ocio luego
Aunque las depongáis; pues solicita
Otras empresas vuestro ardiente fuego;
Que en poderosa actividad imita
Al rayo penetrante á quien en vano
Fuerza humana resiste ni limita.
Presto será, que en el dudoño llano
Y en revuelta palestra el mundo admire
El heroico valor de vuestra mano,
Cuando famoso capitán os mire
De lucido escuadrón, que á la defensa
De la Christiana Religión aspire.
Ni á vuestro intento generoso ofensa
Temáis de aquel, que entre tinieblas mora;
Antes en merecida recompensa
Penetrará la insignia vencedora
De vuestra ilustre y grande compañía,
Desde los reinos de la blanca Aurora
Hasta las aguas donde muere el día.

JO É MARIA ASENSIO.

(Se continuará.)

LOS GRABADOS

VISTA DEL CÉLEBRE SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA
DE LA GLEVA EN LA DIÓCESIS DE VICH

(Véase el artículo correspondiente en la pág. 221.)

LA CIUDAD DE NAZARETH, EN PALESTINA

Esta ciudad, que fué residencia habitual y predilecta de la Sagrada familia, se halla situada en la provincia de Galilea de la antigua Palestina, hoy Turquía asiática, á 90 kilómetros al Norte de Jerusalén. La población no pasa de 6.000 habitantes, y posee un convento de Franciscanos que dan culto á la basílica de la Anunciación, edificada sobre el solar de la Santa Casa, que los ángeles trajeron á Loreto en Italia.

Nazareth se halla construida sobre un terreno alto, desigual y pedregoso, y tan lleno de barrancos y torrentes, que nada más fatigoso, dice un devoto peregrino, que una excursión por aquellas calles ó callejones empinadísimos, tortuosos, estrechos, sucios, llenos de quiebras y cortaduras, que en algunos puntos forman verdaderos precipicios.

Los habitantes de Nazareth están divididos en 900 católicos latinos; 750 griegos; 250 católicos moscovitas; 2.000 cismáticos griegos; 2.000 musulmanes y uno ó dos judíos. Gracias al celo de los PP. Franciscanos aumentan de día en día los católicos; pues á mediados del siglo pasado no había ninguno.

Quiera el cielo que los católicos de Europa fomenten con sus limosnas esta santa misión, para que la ciudad de Nazareth, sea digna de sus venerables recuerdos.

CARLOS V EN YUSTE

Cuadro del Sr. Jadraque, premiado en la Exposición de 1878.

Cuando el famoso Emperador, rendido de las fatigas del gobierno y desencantado de las vanidades del mundo se retiró á descansar al monasterio de Yuste, invitó á Turriano, que era uno de los más ingeniosos mecánicos de su siglo, á acompañarle en su soledad, para trabajar con él en construir modelos de máquinas, los más útiles. Turriano, para amenizar las horas de ocio del Emperador, solía componer figuritas que imitaban los movimientos humanos, y que eran muchas veces la admiración, y hasta el asombro de los monjes.

Esta escena es la representada en el cuadro, lleno de animación y movimiento, como puede observarse en el grabado.

Al publicarlo, nos proponemos dar á conocer este aspecto de la vida retirada del Emperador, patentizando lo que era el claustro de Yuste para Carlos V; mansión de descanso, de oración y de estudio, donde la religión y la ciencia se adunaban bajo la gloriosa corona del gran Carlos V.

EL AGUINALDO

¿Necesita explicación este grabado? Todos los vecinos de Madrid, y lo mismo los de provincias saben muy bien lo que significa; y el recordarlo les cuesta todos los años más de cuatro cuartos, sin que la lección deje de pagarse.

El recuerdo del grabado no les cuesta un céntimo, con lo cual pueden complacerse en él, sin temor de que los postulantes murmuren de sus economías.

LA SEÑORITA DE NEUVILLE

NOVELA

DE MATILDE BOURDÓN

(Continuación.)

XV

UNA MUJER ENVIDIADA

Mientras que estos destinos se deslizaban oscuros, ignorados, el de Delfina atraía las miradas y provocaba la envidia; á juicio del mundo, era tan dichosa; colmada con tanta abundancia con todos los dones que excitaban en este mundo los deseos y la envidia. Las mujeres, que entienden de la felicidad femenina, juzgaban completa y acabada la de Delfina; las coquetas apreciaban su larga juventud, su hermosura, que el arte y el vestido realizaban; las ambiciosas le encontraban su posición muy aventajada, gracias á los servicios de su marido: las avaras envidiaban sus riquezas; las almas tiernas el constante amor que había inspirado. Su prosperidad aumentaba con los años. Marcelo Vincent había escapado á los azares de los campos de batalla; recogía allí honores y dignidades y volvía de allí más ardientemente prendado de la vida de familia, sus dos hijos crecían y se hacían admirar, el hijo por su inteligencia, la hija por su gracia hereditaria.

Un último deseo quedaba por satisfacer. A Marcelo lo hicieron conde del Imperio, y Delfina, en la corte de María Luisa, se encontraba después de tantas vicisitudes, volviendo á ocupar el rango que le había dado su nacimiento.

Era dichosa: gozaba de todo, de la fortuna, del lujo, del afecto que sentía y del que inspiraba, de los placeres del mundo, de los goces del hogar, y estaba de tal modo metida en el torbellino, que pasado el choque del primer momento, pensó poco en el marqués y en su hija, separada de ella tan bruscamente. Además, ¿alejaba de ella este recuerdo amargo, penoso, el recuerdo del momento en que se había sonrojado delante de Carlota, en el que se había humillado á los pies del anciano ofendido, en el que había visto á su hija, tan bella, tan santa, abrazar con entusiasmo lo que otras veces la había asustado tanto, á ella, alma débil: la indigencia compañera del honor. Ella apartaba estos pensamientos, estas imágenes; y cuando en medio de las fiestas de la vida, le asaltaban, le parecía que pasaba por sus labios una bebida amarga, que una espina acerada atravesaba su corazón. Algunas veces lloraba, alargaba sus brazos á la hija ausente, pero el mundo estaba allí con sus exigencias: era menester vestirse para una comida, para una reunión, era preciso ir á la tertulia de la emperatriz, era preciso llevar á Héctor y á Flavia á un baile de niños; y al ruido de las ligeras alas de los placeres, las ideas serias, los tristes recuerdos, los saludables remordimientos huían; y mientras más años pasaban el nombre de Dios, el del señor de Neuville, y hasta el de Carlota se borraba de la memoria y del corazón de la condesa Marcela.

Esta felicidad terrestre, tan completa que de buena gana hubiera hecho de ella su cielo, fué despedazada por un rayo, uno de esos golpes que vibran tantas veces en el cielo tempestuoso del imperio: el general Vincent fué muerto en la batalla de Lutzén. Delfina sintió un dolor que no se puede explicar; lo amaba: á sus ojos era el ideal del bien, de lo bello, de la ternura: lloraba, por esta alma que la quería, de la cual ella era el objeto, esta vida tan llena de promesas, este porvenir de dos, que debía ser largo, y, en su duelo tan profundo, se acordó del marqués para decirse:

—El me amaba como yo amaba á Marcelo, Marcelo, al que no he visto en sus últimos momentos, y al que no volveré á ver jamás.

Bebió á grandes tragos este cáliz de dolor, del cual bebían tantas esposas, tantas madres. La muerte de un ser querido, sucumbiendo en el campo de batalla, abre á la imaginación y al corazón una carrera tan funebre!

Cómo ha muerto, ¿quién lo dirá? ¿Ha sido bajo los pies de los caballos, arrastrado como un vencido, tal vez aplastado por las ruedas de los cañones, pisado por sus amigos, por sus soldados? ¿Ha sobrevivido mucho tiempo sin auxilios, sin apoyo, muriéndose de sed, y no teniendo, como Beaumanoir, otra bebida sino su sangre; devorado por la fiebre, luchando sólo con las alucinaciones de la agonia, acordándose de su país, llamando á su madre, llamando á su mujer, llamando ¡ay! á su Dios? ¿Le ha respondido alguna voz? ¿Quién lo dirá?

Había desaparecido la felicidad interior, pero quedaba el brillo de la fortuna, y poco á poco, por sus hijos, Delfina reanudó sus relaciones y sus costumbres. Se pasaron algunos años; no iba á las fiestas por ella misma, su hija, viva imagen de Marcelo,

aparecía en ellas y atraía las atenciones de todos, y la condesa, amable, rica, conducía con ella un hijo brillante y envidiado por las madres, una hija joven, hermosa, que la consideraban como uno de los buenos partidos de París; la condesa tuvo aplausos que hubieran satisfecho á muchas viudas.

Entre tanto, el mundo de los salones se había renovado: los hombres antiguos habían vuelto á aparecer con los descendientes de los antiguos Reyes, y la condesa sintió más de una vez pena encontrándose con amigos, con aliados de su propia familia ó de la de Neuville. No decía nada: esperaba que las primeras páginas de su vida se habrían borrado de la memoria de los vivos, y que se habrían confundido con tantas páginas sangrientas escritas por la mano de la Revolución; pero, á medida que avanzaba, el mundo y sus placeres le ofrecían cada día menos encantos. La tristeza de la edad madura venía á juntarse con el duelo secreto, pero durable, de su viudez; echaba de menos esos días del Imperio, días de felicidad para ella, y esta mezcla de advenedizos de la espada, de advenedizos del talento, que, poco curiosos y poco escrupulosos, no interrogaban sobre los antecedentes, y se inquietaban poco del origen. Bajo la presión de este resentimiento de malestar y de tedio, acogió con apresuramiento la demanda en casamiento de su hija, y Flavia se casó, dichosa y gloriosa, con un joven secretario de embajada, que la llevó á Stokholm. En esta misma época, Héctor, ya saciado de placeres, tuvo deseo de hacer un largo viaje por Oriente: su madre se lo permitió, y tranquila por la suerte de sus hijos, se resolvió á salir de París, cuya morada le era insoportable. Tenía una bonita posesión en Turena, á las orillas del Indre; allí, con el alma melancólica, desengañada de todo, fué á buscar un poco de descanso.

XVI

LA MISIÓN

Los primeros meses se pasaron muy pronto. El castillo de la Faisanderie no había sido habitado hacía mucho tiempo: necesitaba reparaciones; el parque estaba descuidado; era menester hacer cortas, aclararlo, aligerar el follaje demasiado cargado, dar á las praderas, cubiertas de plantas parásitas, el aspecto aterciopelado de los tapices de verdura que ha creado Inglaterra; al jardinero le parecía indispensable un invernadero: se hicieron dos, templado y caliente: un surtidor de agua salió en medio del césped, el gallinero recibió distinguidos huéspedes. Todos estos cuidados divertieron é hicieron pasar el tiempo; después, cuando el castillo estuvo restaurado, embellecido, amueblado, cuando el parque llamó la atención de la vecindad, cuando todo estuvo perfecto, Delfina se enteró de que se aburría siempre y que no bastaba el tener una buena casa para no tener ideas lúgubres.

Aun á los ojos de las personas más insensibles, su tristeza no era sin razón; había perdido un marido cariñoso y distinguido, sus hijos se habían separado de ella; y estas penas conocidas, ostensibles, explicaban el dolor que tenía. Pero en la soledad, en el silencio, no teniendo á su lado una voz amada que ahogara el grito del alma, los recuerdos, los pesares, se habían alzado y hablaban alto. Por un efecto singular de la memoria y de la imaginación, encontrándose bajo hermoso follaje, en la tranquilidad del campo, pensaba sin cesar en los primeros días de su primera juventud, cuando el marqués la había traído, pobre huérfana, hasta entonces bajo dependencia, en casa de sus padres, y que le había dicho:

— Esto es tuyo, eres la soberana aquí; todo es tuyo, el amo y la casa...

Se acordaba de su amor tierno y vigilante, que era al mismo tiempo de un esposo y de un padre; volvía á ver á su hija, tan suave, tan bonita, y cuyos primeros movimientos, las primeras miradas habían encantado su corazón. ¿Quién la había desterrado de la memoria de su madre? Flavia no era más

amable, su primera sonrisa no había causado más gozo... no prometía tener más virtudes que había demostrado Carlota en el gran día de la prueba.

¿Y dónde estaba ahora esta hija á su vez querida y olvidada, y que, sin quererlo, sin saberlo, volvía á tomar posesión del corazón materno?

Delfina no tenía ninguna idea sobre la suerte de la señorita de Neuville.

En la época de la muerte del marqués, que había casi coincidido con la del general Vincent, había recibido del cura de Neuville una carta que no contenía más que estas palabras:

«Señora:

«El señor Marqués de Neuville ha muerto esta noche en los brazos de su hija: me ha encargado que os anuncie su perdón y sus oraciones. Ha muerto como ha vivido, como cristiano.

«La señorita de Neuville ha encontrado un asilo honroso y pacífico donde encontrará, lo espero, una felicidad digna de sus virtudes. Se me ha prohibido decir nada más.

«Tened la bondad de excusar mi laconismo y creedme, señora.

«Vuestro humilde servidor en Jesucristo,

«G. B. Lecomtois, presbítero.

«Neuville, Febrero, 1813.»

Esto era todo: aun á su última hora, en la hora del perdón, el marqués no le había querido mandar á su hija; y ahora que tal vez estaba separada de ella para siempre, ¡qué deseo tan grande tenía Delfina de volverla á ver! ¡Su hija mayor era la compañera de sus sufrimientos, el dulce consuelo de sus horas de prisión, de sus días de pobreza; era también su orgullo en tiempos más prósperos, y tan suave, tan noble, tan elevada en sus ideas y sentimientos, que sería un apoyo tan amable para los años graves en que Delfina había entrado! En vano había dado mil pasos para encontrarla; el cura Lecomtois había muerto, y nadie entre los habitantes de Neuville sabían donde se había retirado Carlota. Este pensamiento, este deseo, hicieron su camino en el alma de Delfina: como el hierro que entra más y más profundamente en la madera, el recuerdo de su hija, el ardiente deseo de volverla á ver no la abandonó: le seguía por todas partes, pensaba tal vez menos en sus hijos jóvenes y felices, que en ese rostro melancólico que se le había aparecido la última vez embellecido con la aureola de un gran sacrificio.

Veía pocas gentes; el cura de su parroquia la visitaba alguna vez, lo recibía con la gracia y la facilidad de una mujer de mundo; le daba en ciertas épocas del año una cantidad para sus pobres; pero la intimidad no iba más lejos, y el sacerdote no había podido penetrar, ni los motivos de su continua preocupación, ni las razones que la tenían alejada de la iglesia y del santo tribunal. Sin embargo, continuó visitándola, y algunas veces se atrevió á pedirle que tomara parte en algunas buenas obras. Se adhirió á ellas con muy buena voluntad, dando según su fortuna, una gran cantidad: y el cura se decía:

— Si la señora Vincent vuelve á Dios, será por la puerta de la limosna.

Vivía en la Faisanderie hacía tres años, cuando la aldea de la que dependía su castillo se conmovió con una noticia: desde por la mañana al alba las campanas repicaban; los campesinos se dirigían por todos los senderos hacia la Iglesia, al anochecer las campanas llamaban aún y el pueblo fiel obedecía; se renovaba la cruz del cementerio, echada abajo hacía treinta años; se consagraban á la Santísima Virgen los niños vestidos de blanco y coronados de rosas, se iba en procesión á venerar una capilla antigua, edificada en honor de San Martín el apóstol de la Galia y protector de la Turena; costumbres olvidadas hacía un cuarto de siglo aparecían de nuevo al sol, y el pueblo, que las había visto desaparecer con sentimiento, saludaban con alegría su reaparición; se celebraba una misión.

¿Quién, pues, entre los que no son jóvenes no recuerdan esas misiones que renovaban el espíritu

de fe en los campos, que infundían una nueva sangre católica en las venas de los pobres trabajadores, y que los diarios de la época trataban, como á porfía, de ahogar bajo el peso acumulado de pesados retruécanos, de crueles ultrajes? Los jesuitas, siempre calumniados y siempre victoriosos de la calumnia; los Misioneros de Francia, y para citar nombres propios, los Rauzán, los Pellier, los Bufoy, los Causans, eran los ardientes obreros empleados en esta inmensa recolección. ¡Cuánto bien hicieron! ¡Cuántos haces preciosos trajeron al granero del padre de familia! ¡Qué amados fueron! ¡qué aborrecidos también! ¡Cuántos gozos tuvieron! ¡Cuántos dolores igualmente! La mayor parte han muerto, vendidos á las fatigas de los combates apostólicos y casi olvidadas de la sociedad, pero ¿los progresos en la fe que ha visto nuestro siglo, los impulsos generosos por las buenas obras, la renovación del espíritu cristiano, no es su obra viva y permanente?

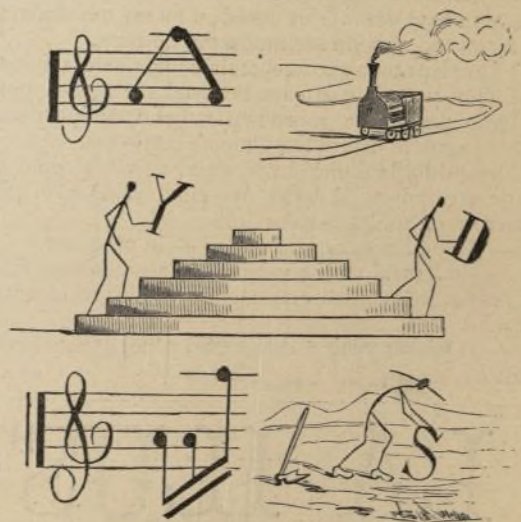
Tres de estos valerosos misioneros hacían acudir á las gentes al pie del púlpito; los jardineros, los criados de la generala Vincent asistían á la misión; y una tarde que estaba casi sola en el castillo, aburrida de su soledad, curiosa por ver lo que atraía á los demás, llamada ella misma por esa voz armoniosa de la campana que resonaba en el silencio del campo, tomó la resolución de ir á la Iglesia.

Era ya casi anochecido cuando llegó á ella; la palabra del misionero resonaba en su recinto silencioso, aunque lleno de gente; hablaba sobre las postrimerías, asunto grave y terrible aun para los mismos justos; hablaba con convicción, y se sentía vibrar un alma bajo su elocuencia, un alma que buscaba la de sus oyentes para convencerla y enternecerla á la vez. Delfina oyó el sermón con atención, y un terror secreto se apoderó de ella ante el cuadro que se hacía pasar ante su vista: la muerte, el juicio, el infierno, el cielo: la muerte tal vez tan próxima; el juicio inevitable; el infierno, cuyos dolores no los puede comprender el espíritu; el cielo, tan poco merecido, y cuyos goces tampoco los comprende el espíritu.

Ella no se convenció; pero por la primera vez después de mucho tiempo, un pensamiento grave sobre la vida futura ocupó su corazón. Sin embargo, resistió á esta primera gracia, y por muchos días permaneció sorda al llamamiento de la campana amiga, resistió á la impresión interior; y á pesar de eso sucedió un sencillo incidente que triunfó de su oposición.

(Continuará)

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

SOLUCIÓN AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO 11.

Escoja la pobreza el que presume que á mi entender, de gloria tan sólo no se vive.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO
Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístolas y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial Sres. Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

HARMONÍA

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

ENSAYO ESCRITO

POR EL PADRE MIGUEL MIR

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Esta obra, impresa con todo lujo, magnífico papel y tipos elegantísimos, se vende á 24 reales en Madrid y 26 en provincias, en las principales librerías. Los pedidos, acompañados de su importe, deben hacerse á la casa editorial de Riera, calle de Peligros, 20.

Ayuntamiento de Madrid

CARIDAD

CUENTO

(Continuación.)

V

EL NIÑO JESÚS

La tarde se puso fría y lluviosa. Todos los niños tenían que estar recogidos en casa, y de aquí el mayor peligro de caer en la tentación. Tomásín había escondido su magnífica rosca en el arca: el inocente niño no era capaz de sospechar mal de nadie, á no ser del Mizo, por temor del cual únicamente la escondía. Llevaba el niño un vestido nuevo, hermoso, que le daba el aspecto de un ángel. Una pobre anciana, al pasar á su casa, había resbalado y caído enfrente de la de Tomásín. El niño que estaba entreteniéndose en el portal, corrió allá y le tendió la mano. Asíóse á ella la infeliz anciana, y con su ayudase levantó llorando y besando con agradecimiento al compasivo niño.

— ¡Angelito; angelito! — decía — si no puedes menos tú de ser un santo; si lo heredas de tus padres... ¡Ay, hijo mío, si vieras qué buenos eran también tus abuelitos, que Dios tenga en gloria!.. Si te viene de casta, angelito...

Tomásín instó á la pobre mujer á que pasase á calentarse; pero en vista de su negativa, le rogó que le permitiese acompañarla á su casa.

— No, hijo, no, te vas á poner como una sopa según llueve, y te va á hacer daño; yo ya estoy acostumbra á esto y mucho más.

— Pero con estos hielos se va usted á caer otra vez y se hará daño. Mire usted, á mí no me dañará el agua: todo puede ser mudarme de ropa.

La anciana tuvo que aceptar la compañía y la mano del niño, y aunque su casa no estaba distante, por el lento paso de la pobre mujer, hubo tiempo para que el agua le calase literalmente como una sopa.

Dejando á la mujer en su casa, volvió el niño á la de sus padres. Al entrar oyó cierto ruido en el gallinero y entró. Allí estaba José.

— ¿Qué haces aquí, Pepito? — le preguntó.

— Me... me... me he venido aquí porque hace frío y llueve, respondió con alguna turbación el muchacho.

— ¿Quieres venir á calentarte, y luego jugaremos juntos?

ESCENAS DE PASCUAS.



EL AGUINALDO.

— No: me voy, — dijo secamente José.

Y en efecto, salió como un rayo y se introdujo en su casa. Tomásín se presentó á su madre todo empapado en agua. Doña Lucía, al saber la causa de labios del niño, volvió á bendecir interiormente á Dios; pero rogó á Tomásín que no se expusiera otra vez al peligro de coger unas calenturas. Desnudó después á su hijo y le hizo vestir el hermoso traje que tenía preparado para estrenarle al día siguiente.

Cuando Tomásín estuvo seco, volvió á bajar al portal para entretenerse otro rato, y al pisar las últimas escaleras vió de nuevo salir precipitadamente á José.

— Pero ¿por qué correrá? ¿creará que yo le voy á pegar? — pensó al verle.

Hacía ya un rato que había cesado de llover. Mientras Tomásín se mudaba los vestidos, José bajaba de nuevo las escaleras de su casa. Entonces fué cuando encontró á su puerta al desgraciado tío Antón, y mientras éste subía á hablar con su padre, él se dirigía cautelosamente otra vez al gallinero de la de Tomásín, y allí estuvo inútilmente registrando hasta que la bajada de aquel le sorprendió, y huyó á todo correr. Entonces entró en el establo de su casa, sacó la picoteada rosca de su escondite, y mientras la saboreaba, estaba acechando por un ventanillo desde donde se veía la casa de doña Lucía, á la cual vió salir acompañada de su esposo Alonso,

como tú! ¿Verdad que hemos de ser siempre amigos y que nos hemos de querer los dos mucho?

— Sí, pobre Gregorito, sí... Pero ¿qué tienes? — continuó. — ¡Tú has llorado!

Al pobre niño se le saltaron las lágrimas, y enjugándose las con el revés de la mano, con voz entrecortada por los sollozos, dijo:

— ¡Ay, qué desgraciados somos, Tomásín!

— Confía en Dios, amiguito mío. ¿Qué pasa en tu casa?

— Mi madre está enferma en la cama. ¡Pobre madre mía! Mi hermanita lloraba y pedía pan y no le teníamos. Mi padre estaba septado con los codos en las rodillas y se tapaba la cara con las manos. ¡Él no quería que le viéramos; pero estaba llorando: yo le he visto llorar, Tomásín!... Y dos veces se levantó y echó á andar por la habitación y decía: «¡Dios mío, Dios mío, nunca seré yo ladrón, nunca, nunca!...» Eso pasaba esta mañana, y luego llegué yo con la rosca, y mi padre y mi hermanita tenían mucha hambre, mucha, Tomásín... Y mi hermanita me pedía pan... Y nos comimos la rosca... ¡Oh! sí, me perdonará el niño Jesús, porque teníamos hambre... ¿Verdad, Tomásín, que me perdonará el niño Jesús?... ¡Es tan bueno y tan cariñoso!...

(Continuará.)

TIPOGRAFIA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid